

be  
ce  
es  
di

ta-  
ue  
le

se  
ro,  
na  
in-  
do:  
a-  
li.  
Se  
le  
ir-  
la

RMF 0561811 20 1802/02/11

# ¡Ay, Carmela!

*Elegía de una guerra civil  
en dos actos y un epílogo*

*A mi padre*

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-PR

<sup>90</sup> La réplica de Talamon en la *Tragedia llamada Seraphina* es ésta: «Acardenalado se vea vuestra merced». El dramaturgo confiesa haber cambiado el nombre de Talancón, que aparecía en la primera edición de 1980, por este Cebadón, debido a su semejanza fonética con el apellido de cierto cardenal español vivo.



La acción no ocurrió en Belchite  
en marzo de 1938<sup>1</sup>.

## PERSONAJES

PAULINO

CARMELA

## FICHA TÉCNICA

Estrenada el 5 de noviembre de 1987 por el Teatro de la Plaza en el Teatro Principal de Zaragoza.

### *Interpretación*

CARMELA ..... VERÓNICA FORQUÉ

PAULINO ..... JOSÉ LUIS GÓMEZ

*Música y arreglos musicales*  
PABLO SOROZÁBAL SERRANO

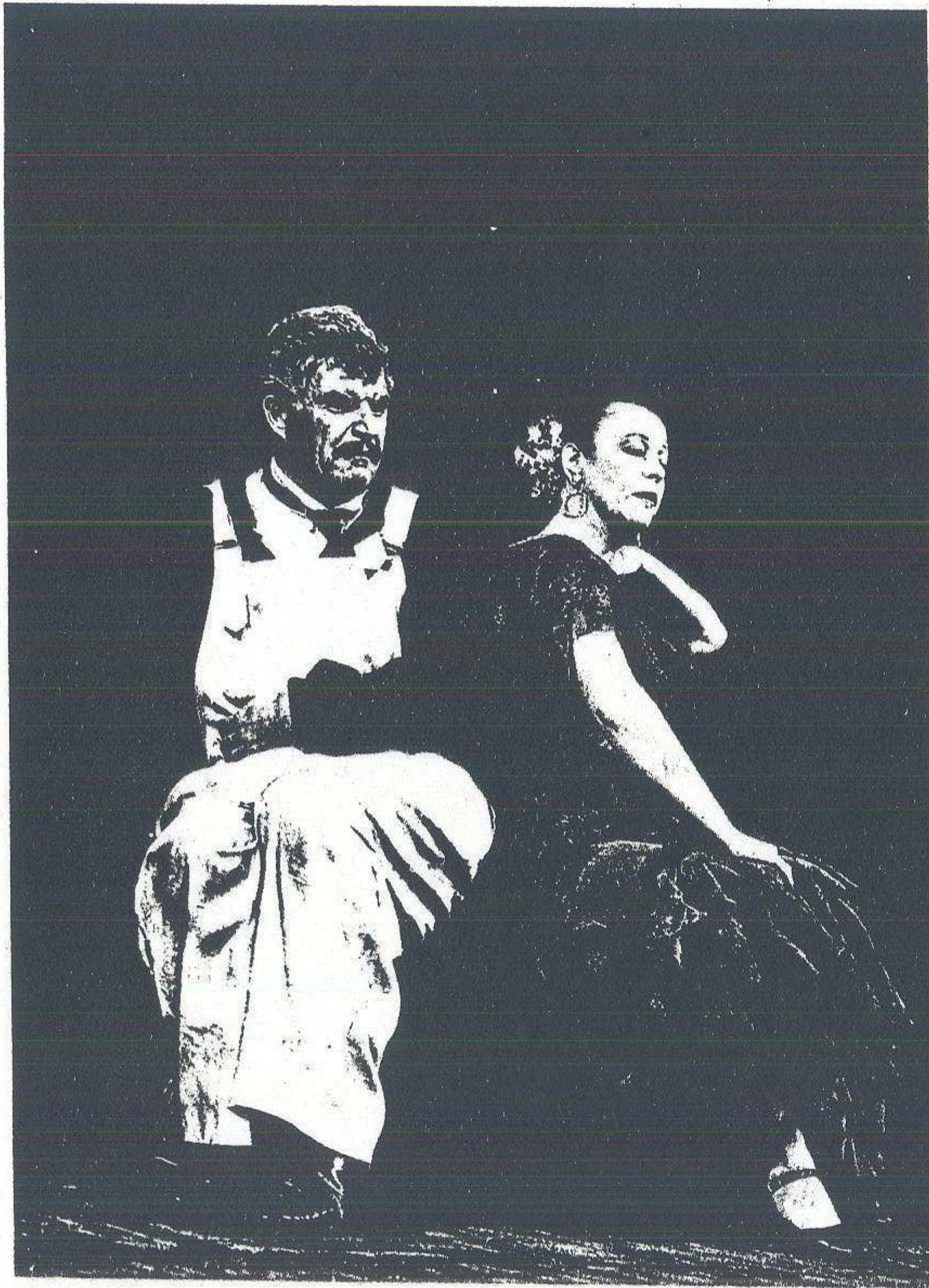
*Vestuario*  
PEPE RUBIO

*Escenografía*  
MARIO BERNEDO

*Dirección*  
JOSÉ LUIS GÓMEZ

<sup>1</sup> En la ofensiva republicana contra las tropas franquistas situadas en el frente de Aragón, que se inició el 24 de agosto de 1937 y que protagonizó el Ejército del Este, Belchite fue escenario de una encarnizada batalla. Pese al «tesón extraordinario» de sus defensores, el Ejército del Este, mandado por el general Pozas y en el que se habían integrado cuatro Brigadas Internacionales, conquistó Belchite el 6 de septiembre, tras «diez días de cerco y de incesante combate» (Vicente Rojo, *España heroica. Diez bocetos de la guerra española*, Barcelona, Ariel, 1975, tercera edición, pág. 114). Este célebre general republicano explica el desarrollo militar y sentido estratégico de dicha ofensiva en el capítulo sexto de su libro, titulado precisamente «Belchite» (ob. cit., págs. 103-115). Hugh Thomas explica la posterior ofensiva franquista contra Aragón y afirma que el 10 de marzo de 1938 «los navarros de Solchaga conquistaban Belchite. Los miembros de la XV Brigada Internacional fueron los últimos en abandonar el pueblo» (*La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1962, pág. 436).





Renate Richter (Carmela) y Peter Bause (Paulino) en la versión alemana de *¡Ay, Carmela!* estrenada en el Berliner Ensemble, dirigida por Alejandro Quintana.

## Primer acto

*(Escenario vacío, sumido en la oscuridad. Con un sonoro «clic» se enciende una triste lámpara de ensayos y, al poco, entra PAULINO: ropas descuidadas, vacilante, con una garrafa de vino en la mano. Mira el escenario. Bebe un trago. Vuelve a mirar. Cruza la escena desabrochándose la bragueta y desaparece por el lateral opuesto. Pausa. Vuelve a entrar, abrochándose. Mira de nuevo. Ve al fondo, en el suelo, una vieja gramola. Va junto a ella y trata de ponerla en marcha. No funciona. Toma el disco que hay en ella, lo mira y tiene el impulso de romperlo, pero se contiene y lo vuelve a poner en la gramola. Siempre en cuclillas y de espaldas al público, bebe otro trago. Su mirada descubre en el suelo, en otra zona del fondo, una tela. Va junto a ella y la levanta, sujetando una punta con los dedos: es una bandera republicana<sup>2</sup> medio quemada.)*

PAULINO (*canturrea*):

...pero nada pueden bombas<sup>3</sup>,  
rumba, la rumba, la rumba, va

<sup>2</sup> Hay que recordar a los lectores jóvenes o desmemoriados que la bandera republicana es tricolor: roja, amarilla y morada, en franjas horizontales de igual anchura.

<sup>3</sup> Paulino canturrea una estrofa de una de las muchísimas variantes de esta popular canción, alusiva a la batalla del Ebro. Transcribo la versión que me parece más completa, la editada por Andrés García Madrid:

El Ejército del Ebro,  
rumba, la rumba, la rumba, va (bis)



donde sobra corazón,  
ay Carmela, ay Carmela...<sup>4</sup>,

*(Vuelve junto a la gramola y va a cubrirla con la bandera. Al encorvarse para hacerlo, se le escapa un sonoro pedo. Se interrumpe un momento, pero concluye la operación. Una vez incorporado, hace sonar, ahora deliberadamente, varias ventosidades que evocan un toque de trompeta. Se ríe quedamente. Gira sobre sí y mira hacia la sala. Avanza hacia el proscenio,*

*se cuadra y saluda militarmente. Nuevo pedo. Levanta el brazo derecho, en saludo fascista<sup>5</sup>, y declama:)*

En el Cerro de los Ángeles<sup>6</sup>,  
que los ángeles guardaban  
¡han fusilado a Jesús!  
¡Y las piedras se desangran!  
¡Pero no te asustes, Madre!  
¡Toda Castilla está en armas!  
Madrid se ve ya muy cerca.  
¿No oyes? ¡Franco! ¡Arriba España!  
La hidra roja se muere  
de bayonetas cercada.  
Tiene las carnes abiertas  
y las fauces desgarradas.  
Y el Cid, con camisa azul<sup>7</sup>,  
por el cielo cabalgaba...

(Apua  
Edito  
4 I  
cancie  
ficar:

190

id,

ina  
di-

5  
tado  
do es  
dicta  
6  
por  
dus 5  
del 1  
7  
del r  
del F  
ejem  
dicio  
«/  
^  
^  
^  
^  
^  
^  
^  
Esp:  
^  
^

^ los que se fueron, a los que luchan y a los que vendrán.

lop-  
da-  
al y  
il.  
ado  
Al-  
nfal  
  
186,  
oria  
omo  
per-

1 de

191



(Nuevo pedo. Ríe quedamente. De pronto, cree oír un ruido a sus espaldas y se sobresalta. Tiene un reflejo de huida, pero se contiene. Por un lateral del fondo entra una luz blanquecina, como si se hubiera abierto una puerta. PAULINO aguarda, temeroso.)

PAULINO. ¿Quién está ahí?

(Entra CARMELA, vestida con un discreto traje de calle.)

CARMELA. Hola, Paulino.

PAULINO. (Aliviado.) Hola, Car... (Se sobresalta.) ¡Carmela! ¿Qué haces aquí?

CARMELA. Ya ves.

PAULINO. No es posible... (Por la garrafa.) Si no he bebido casi...

CARMELA. No, no es por el vino. Soy yo, de verdad.

PAULINO. Carmela...

CARMELA. Sí, Carmela.

PAULINO. No puede ser... (Mira la garrafa.)

CARMELA. Sí que puede ser. Es que, de pronto, me he acordado de ti.

PAULINO. ¿Y ya está?

CARMELA. Ya está, sí. Me he acordado de ti, y aquí estoy.

PAULINO. ¿Te han dejado venir por las buenas?

CARMELA. Ya ves.

PAULINO. ¿Así de fácil?

CARMELA. Bueno, no ha sido tan fácil. Me ha costado bastante encontrar esto.

PAULINO. Pero, ¿has venido así, andando, como si tal cosa?

CARMELA. Caray, chico: cuántas preguntas. Cualquiera diría que no te alegras de verme.

A todos los "Camisas Azules".

Por el triunfo de la Cruz y de España

Por las Banderas del Nacional Sindicalismo:

¡¡SALVE!!

(ob. cit., pág. 5). José Antonio y Pilar Primo de Rivera y Raimundo Fernández Cuesta son los personajes aludidos en esta dedicatoria.

PAULINO. ¿Que no me alegro? Pues claro que sí: muchísimo, me alegro. Pero, compréndelo... ¿Cómo iba yo a imaginar...?

CARMELA. No, si ya comprendo que te extrañe... También a mí me resulta un poco raro.

PAULINO. Yo creía que... después de aquello... ya todo...

CARMELA. Se ve que todo no..., que algo queda...

PAULINO. Qué curioso.

CARMELA. Dímelo a mí...

PAULINO. Pero, entonces, allí... ¿qué es lo que hay?

CARMELA. Nada.

PAULINO. ¿Nada?

CARMELA. Bueno: casi nada.

PAULINO. Pero, ¿qué?

CARMELA. ¿Qué qué?

PAULINO. ¿Qué es eso, ese «casi nada» que hay allí?

CARMELA. No sé... Poca cosa.

PAULINO. ¿Qué poca cosa?

CARMELA. Mucho secano.

PAULINO. ¿Secano?

CARMELA. O algo así.

PAULINO. ¿Quieres decir que es como esto?

CARMELA. ¿Como qué?

PAULINO. Como esto..., como estas tierras...

CARMELA. Algo así.

PAULINO. Secano...

CARMELA. Sí: mucho secano, poca cosa.

PAULINO. ¿Con árboles?

CARMELA. Alguno hay, sí: mustio.

PAULINO. ¿Y ríos?

CARMELA. Pero secos.

PAULINO. ¿Y casas? ¿Pueblos?

CARMELA. ¿Casas?

PAULINO. Sí: casas, gente...

CARMELA. No sé.

PAULINO. ¿No sabes? ¿Qué quieres decir?

CARMELA. Que no sé.

PAULINO. Pero, ¿has visto, sí o no?

CARMELA. Si he visto, ¿qué?



PAULINO. «Menudo culo»... ¿Será posible?  
 CARMELA. Era uno así, grandote, moreno, socarrón, con la cabeza abierta, apoyado en un margen...  
 PAULINO. ¡Cómo está el mundo!  
 CARMELA. Bueno, el mundo...  
 PAULINO. O lo que sea... ¿Y tú que has hecho?  
 CARMELA. ¿Yo?  
 PAULINO. Sí, tú. Seguro que te ha hecho gracia...  
 CARMELA. Hombre, gracia... Pero no se le notaba mala intención.  
 PAULINO. Faltaría más: con la cabeza abierta...  
 CARMELA. Pues no te creas, que, así y todo, resultaba buen mozo...  
 PAULINO. Ya: buen mozo... Tú, por lo que veo, no cambiarás ni...  
 CARMELA. Anda, tonto... ¿Que no ves que lo digo para ponerle celoso? Ni le he mirado siquiera. Buena estoy yo para andar coqueteando. Si ni me lo siento, el cuerpo...  
 PAULINO. ¿Te duele?  
 CARMELA. ¿Qué?  
 PAULINO. Eso... las... ahí donde...  
 CARMELA. No, doler, no. No me noto casi nada. Es como si... ¿Cómo te lo diría? Por ejemplo: cuando se te duele una pierna, ¿verdad?, sí, la notas, pero como si no fuera tuya...  
 PAULINO. Ya, ya... Y, por ejemplo, si te toco así... (le toca la cara), ¿qué notas?  
 CARMELA. Pues que me tocas.  
 PAULINO. Ah, ¿sí?  
 CARMELA. Sí. Un poco amortecido, pero lo noto.  
 PAULINO. ¿Qué curioso... Yo también te noto, pero... no sé cómo decirlo...  
 CARMELA. Retraída.  
 PAULINO. Eso es: retraída. ¿Qué curioso... Y... ¿darte un beso, puedes?  
 CARMELA. No: dame un beso, no.  
 PAULINO. ¿Por qué no?  
 CARMELA. Porque no. Porque estoy muerta, y a los muertos no se les da besos.

CARMELA. ¿Personas?  
 PAULINO. Si personas: hombres y mujeres, como yo y como tú.  
 CARMELA. Alguno he visto, sí...  
 PAULINO. ¿Y qué?  
 CARMELA. ¿Qué qué?  
 PAULINO. ¿Qué hacen? ¿Qué dicen?  
 CARMELA. Nada.  
 PAULINO. ¿No hacen nada?  
 CARMELA. Casi nada.  
 PAULINO. ¿Como qué?  
 CARMELA. No sé: andan, se paran... vuelven a andar...  
 PAULINO. ¿Nada más?  
 CARMELA. Se rascan.  
 PAULINO. ¿Qué se rascan?  
 CARMELA. La tina.  
 PAULINO. ¿La tina? ¿Tienen tina también?  
 CARMELA. Eso parece.  
 PAULINO. Pues vaya... Pocos y tíñosos...  
 CARMELA. Ten en cuenta que aquello es muy grande.  
 PAULINO. Ya, pero... ¿Y qué dicen?  
 CARMELA. ¿Decir?  
 PAULINO. Sí, decir. ¿Te dicen algo?  
 CARMELA. ¿A mí?  
 PAULINO. Sí, a ti. ¿Te hablan?  
 CARMELA. Muy poco... Casi nada.  
 PAULINO. ¿Como qué?  
 CARMELA. No sé... Por ejemplo: «Mal año»...  
 PAULINO. Mal año... ¿Y qué más?  
 CARMELA. Pues... «Vaya con Dios»...  
 PAULINO. ¿Y qué más?  
 CARMELA. Pues... «Menudo culo»...  
 PAULINO. ¿Cómo?  
 CARMELA. Menudo culo.  
 PAULINO. ¿Eso te dicen?  
 CARMELA. Bueno, me lo ha dicho uno.  
 PAULINO. ¿Quién?  
 CARMELA. No sé. Aún no conozco a nadie.



PAULINO. Ya, pero...  
CARMELA. Ni pero, ni nada.  
PAULINO. Bueno, bueno: no te pongas así...  
CARMELA. Es que tú, también...  
PAULINO. Como no me pude ni despedir...  
CARMELA. Pues ahora, ya, te aguantas.  
PAULINO. Claro.  
CARMELA. Yo también me aguanto, no te creas.  
PAULINO. ¿Sí?  
CARMELA. Me supo muy mal.  
PAULINO. ¿Sí?  
CARMELA. Muy mal, sí.  
PAULINO. ¿Y no... no me guardas rencor?  
CARMELA. ¿Rencor? ¿Por qué?  
PAULINO. Mujer, por aquello..., porque yo no...  
CARMELA. Mira, Paulino: cada uno es cada uno.  
PAULINO. Eso es verdad.  
CARMELA. Y tú, no te lo tomes a mal, pero siempre has sido un cagón.  
PAULINO. Carmela, por Dios, yo...  
CARMELA. Un cagón, Paulino. Las cosas como son. En la escena, un ángel; en la cama, un demonio... Pero, en todo lo demás, un cagón. ¿O no?  
PAULINO. Mujer, yo...  
CARMELA. Acuérdate en Oviedo, sin ir más lejos, con el fulano aquel de la sala de fiestas... ¿Cómo se llamaba?  
PAULINO. Don Saturnino.  
CARMELA. Eso: don Saturnino...  
PAULINO. ¡Menudo pájaro! ¡No me lo recuerdes! Misa diaria, concejal, ocho hijos..., uno de ellos mongólico y otro canónigo de la catedral..., y él, por las noches, gerente del peor tugurio del norte de España... No me lo recuerdes.  
CARMELA. Te lo recuerdo sólo para que recuerdes lo valiente que eres.  
PAULINO. ¿Yo?  
CARMELA. Sí, tú. Que ahora, mucho despotricar contra él, pero entonces casi me lo metes en la cama.  
PAULINO. ¿Cómo puedes decir eso, Carmela?

CARMELA. Pues, ya ves: lo digo.  
PAULINO. Eres injusta conmigo. Yo sólo te pedía que le pusieras buena cara para que no nos despidiera. Porque yo, con mi afonía, estaba en muy baja forma.  
CARMELA. ¿Y por eso no abrías la boca cuando te gritaba y te insultaba delante de todo el mundo?  
PAULINO. Ya sabes que estaba afónico y casi no podía ni hablar.  
CARMELA. Afónico, sí... Eso es lo que te pasa: que te quedas afónico en cuanto hay que pelear por algo.  
PAULINO. Yo soy un artista, no un boxeador... Y además que, cuando hace falta, también saco lo que hay que sacar...  
CARMELA. ¿Qué sacas tú?  
PAULINO. Lo que hay que sacar. En Albacete, el año pasado, por ejemplo... ¿Ya no te acuerdas?  
CARMELA. ¿En Albacete?  
PAULINO. Sí, en Albacete. ¿Quién les plantó cara a aquellos milicianos que nos querían requisar todo el equipo?  
CARMELA. No me acuerdo.  
PAULINO. Ah, no te acuerdas... ¿No te acuerdas de las agallas con que fui a buscar al sargento, me planté delante de él y le dije: «Señor sargento: sus hombres...»?  
CARMELA. Era un cabo.  
PAULINO. ¿Cómo?  
CARMELA. Que era un cabo, no un sargento, ya me acuerdo..., y estaban todos medio borrachos, de broma...  
PAULINO. ¿De broma? ¿Estás segura?  
CARMELA. Como que había cuatro de Huelva y acabamos cantando fandangos, ¿no te acuerdas?  
PAULINO. Eso fue al final, después de que yo les planté cara y puse las cosas en su sitio.  
CARMELA. Ya...  
PAULINO. Por cierto, ¿los has visto?  
CARMELA. ¿A quién?  
PAULINO. A los de la otra noche...  
CARMELA. ¿A quién de la otra noche?  
PAULINO. A los milicianos de la otra noche... (Señala un lado de la sala.) Los que estaban aquí, presos...



CARMELA. ¿Presos?

PAULINO. Sí, los prisioneros... ¿No te acuerdas? Los que iban a...

CARMELA. ¿Qué noche?

PAULINO. La otra noche, aquí, cuando hicimos la función...

CARMELA. ¿Qué función?

PAULINO. La función de... ¿Es posible que no te acuerdes?

CARMELA. De muchas cosas no me acuerdo, a veces... Se me van, me vienen...

PAULINO. Claro, es natural, pero...

CARMELA. Ahora mismo, por ejemplo, me acabo de acordar de que tengo que irme...

PAULINO. ¿Que te tienes que ir? ¿Adónde?

CARMELA. No sé... Me va por la cabeza que he de acudir a un sitio...

PAULINO. ¿A qué sitio?

CARMELA. No sé, pero tengo que ir...

PAULINO. ¿Para qué?

CARMELA. No me acuerdo... Alguien dijo que teníamos que acudir a no sé dónde, para no sé qué...

PAULINO. Pero, volverás, ¿no?

CARMELA. Sí..., supongo que sí...

PAULINO. Prométeme que volverás, Carmela. No me puedes dejar así.

CARMELA. ¿Así? ¿Cómo?

PAULINO. Pues así, con este..., con esta... Bueno: tú ya me entiendes.

CARMELA. Sí, te entiendo. Haré todo lo posible por volver... (*Va a salir.*)

PAULINO. Diles que te dejen..., diles que yo, que tú...

CARMELA. ¿A quién se lo digo?

PAULINO. No sé, tú sabrás... A los que manden...

CARMELA. Allí no manda nadie... creo.

PAULINO. Pues entonces vuelve, ¿eh? Te espero.

CARMELA. Sí, espérame... (*Sale por donde entró. Se apaga la luz blanquecina.*)

PAULINO. (*Habla hacia el lateral, sin atreverse a seguirla.*) Te espero aquí, ¿eh, Carmela? Aquí mismo... Ni moverme...

Hasta que vuelvas. Y no te vayas a olvidar, que tú... (*Gesto de desquite.*) Y más ahora, recién muerta... (*Piensa.*) Recién... Pero, entonces, ¿cómo es posible que...? Porque yo no estoy borracho... (*Se palmea la cara. Mira el escenario, luego la sala, y otra vez el escenario, recorriéndolo. Se detiene ante la zona del lateral por donde entró y salió CARMELA: parece que quiere inspeccionar la salida, pero no se atreve. Le asalta una idea repentina y comienza a actuar precipitadamente: toma la garrafa de vino y la deja en un lateral, fuera del escenario; hace lo mismo con la gramola y la bandera. Arreglándose el traje y el pelo, limpia con los pies la suciedad del suelo y se coloca en el proscenio, frente al público. Una vez allí, cierra los ojos y aprieta los puños, como deseando algo muy intensamente, y por fin adopta una actitud de risueño presentador. Cuando parece que va a hablar, descomponne su posición, mira la luz de ensayos y sale por un lateral. Se escucha el «clic» del interruptor y la luz se apaga. Tras una breve pausa, a oscuras, entra de nuevo y se coloca en el centro del proscenio, gritando hacia el fondo de la sala): ¡Cuando quiera, mi teniente! ¡Estamos dispuestos! (*Silencio. No ocurre nada. Vuelve a gritar:*) ¡Adelante con la prueba de luces, mi teniente! ¡Avanti! ¡Stiamo presti! ¡Luci, mio tenienti! (*La escena se ilumina brillantemente. PAULINO, que ahora tiene puesto un gorro de soldado nacional y lleva unos papeles en la mano, queda un momento cegado.*) Bueno, hombre, bueno... No se ponga así... ¿Seguro que al principio va toda esta luz? (*Hojea los papeles y grita.*) ¿Tuta questa luce, in principio? (*Las luces se apagan y vuelven a encenderse, esta vez con menos intensidad.*) Ya me parecía a mí... (*Nuevo apagón y nuevo encendido, aún con menos intensidad.*) ¡No tanto, hombre, no tanto, que nos deja a oscuras!... ¡No tanti, uomo, no tanti!... (*La luz desciende más.*) ¡Que no tanto, digo, que no la baje tanto! ¡Al contrario: más luz! ¡Più, più, più...!*

(*Se asoma CARMELA por un lateral, acabando de vestirse con un lamentable traje de andaluza.*)

CARMELA. Pero, ¿a qué viene ahora hacer el pájaro? Eso no lo hemos ensayado...

PAULINO. (*Bufando.*) ¡Qué pájaro ni qué hostias! Que le es-



toy diciendo al teniente que más luz... Pero ése, además de maricón, es sordo...

CARMELA. Ah, bueno... (*Desaparece.*)

PAULINO. (*Consultando los papeles.*) Vamos a ver, vamos a ver... No nos pongamos nerviosos, que aún falta una hora... (*Consulta su reloj.*) ¿Una hora, digo? ¡Sólo media! (*Encuentra la hoja que buscaba.*) Aquí está: «Principio»... Eso es.. (*Grita hacia el fondo de la sala:*) ¡Los rojos! ¡Los rojos, mi teniente! ¡I rossi! (*Apagón total.*) ¡No, hombre! ¿Qué hace? No se asuste... ¡Quiero decir los botones rojos! ¡Que apriete sólo los botones rojos para el principio! ¡I bottoni rossi! (*Se enciende la luz con intensidad media.*) ¡Por fin! ¡Eso es! ¡Perfecto! ¡Perfetto, mio tenente! ¡Así! ¡Cosí, cosil...! ¡Principio, cosil! ¡I bottoni rossi! (*Da un budo de alivio y habla hacia el lateral, a CARMELA.*) Como esto dure mucho, me voy a destrozar la voz a fuerza de gritos... Y luego, los dúos los vas a hacer de ventrilocua... (*Al fondo de la sala:*) ¡Oiga usted, mi teniente! ¿Por qué no abre la ventanita de la cabina y así me oirá mejor? ¡La finestrina de la cabina, aprire, aprire...! (*Se acompaña de gestos superexpresivos. Fuerza la vista y suspira.*) ¡Eso es! ¡Muy bien! ¡Molto bene, mio tenente! ¡Cosí, voce mía, no cascata...! (*Hacia el lateral:*) Y menos mal que aprendí algo de italiano en el Conservatorio, que si no, no sé qué hubiéramos hecho...

CARMELA. (*Entra de nuevo, todavía tratando de sujetarse el vestido.*) Costura, podías haber aprendido, y mejor nos vendría ahora... Anda, ayúdame a abrocharme, que este pingajo se me va a caer todo en medio de la fiesta. *Calgajo*

PAULINO. ¿Pingajo? No, mujer: si te queda muy bien...

CARMELA. ¡Anda allá, muy bien...! Ni una hora he tenido para hacérmelo... Y de unas cortinas que, no veas... Mira que salir delante de toda esa hombrada hecha un adefesio...

PAULINO. De verdad que no... (*Hacia el fondo de la sala, mientras ayuda a CARMELA:*) ¡Un momento, mi teniente! (*Sonrie forzadamente.*) ¡Cose de donne...! (*A CARMELA:*) De verdad que estás muy salerosa...

CARMELA. El salero te lo iba a meter yo por la boca... Te-

nias que haberles dicho que, sin los vestidos, por lo menos, no podíamos actuar...

PAULINO. Ya se lo he dicho...

CARMELA. Y que si los quieren, pues que vayan a Azaila<sup>8</sup>, que lo conquisten, tan valientes que son, y que nos los traigan...

PAULINO. (*Temeroso.*) ¿Quieres callar, imprudente?

CARMELA. Y ya verían qué gala tan bonita les hacíamos. Pero así, sin nada... (*Bruscos cambios de luces.*)

PAULINO. ¡Ya voy, ya voy, mi teniente! (*Empujando a CARMELA fuera de escena.*) Anda y acaba tú...

CARMELA. (*Fuera.*) ¡En bragas voy a quedarme al primer baile, ya verás!... *partido*

PAULINO. (*Hacia el fondo de la sala:*) Usted perdone, mi teniente, pero es que... la signorina Carmela está muy nerviosa por tener que actuar así: sin decorados, sin vestuario, sin atrezzo, sin niente de niente... (*Cambios de luces.*) Bueno, sí: luces, sí. Muy buenas las luces. Molto buone. Luci, splendide... Menos male, porque, si no, estaríamos a peli..., quiero decir... Bueno, ya me entiende. En fin, a lo que iba: hágase usted cargo de que nosotros somos artistas también, aunque modestos... No como usted, claro, pero artistas... De varietés, claro, pero artistas... Aquí donde me ve, yo tenía una brillante carrera de tenor lírico... lo, tenore lírico de... zarzuela, ¿comprende? ¿Capisce «zarzuela», operetta spagnola? (*Canta:*)

«Hace tiempo que vengo al taller»  
y no sé a qué vengo.  
Eso es muy alarmante...»

<sup>8</sup> Pueblo cercano a Belchite, provincia de Zaragoza. Otras referencias posteriores a pueblos como Daroca, Quinto, Alcañiz y Caspe, o a ríos como el Jiloca, son referencias reales a lugares de la geografía aragonesa que ya no anotaremos.

<sup>9</sup> Corresponde a un fragmento del célebre dúo de Ascensión y Joaquín en «La del manojo de rosas», sainete lírico en dos actos, letra de Anselmo Carreño y F. Ramos de Castro, y música del maestro Pablo Sorozábal. Carmela y Paulino lo interpretarán en el segundo acto.



(Carraspea.) Tenore lírico, sí, pero la guerra..., quiero decir, la Cruzada, el Glorioso Alzamiento Nacional..., pues eso: carriera cagata, spezzata... Y Carmela, la signorina: una figura del baile andaluz, flamenco... ¿Comprende, «flamenco»? (Taconea.) ¡Olé, gitano!... En fin, mi teniente, a lo que iba: hágase cargo de que es muy duro para unos artistas dar menos de lo que pueden dar, y encima darlo mal, ¿comprende? Cosa mala fare arte cosí, spogliati, smantellati, smirriati... ¿Non è vero? È verissimo, mi teniente, no me lo niegue... Usted lo sabe muy bien, como artista que es, italiano además, de la cuna del arte... Italia, ahí es nada: Miguel Ángel, Dante, Petrarca, Puccini, Rossini, Boccherini, Mussolini... En fin, para qué seguir: aquello está lleno. Pues eso: ya comprenderá lo apurados que estamos la Carmela y un servidor por tener que improvisar una velada en estas condiciones... Y más ante un público tan... tan...

CARMELA. (Saliendo furiosa, aún a medio vestir.) ¡Tantarantán! Déjame, que yo se lo voy a poner claro en cuatro palabras...

PAULINO. (Tratando de evitarlo.) Tú no abras la boca, que nos pierdes... (Al fondo:) Ya ve lo nerviosa que está, mi teniente...

CARMELA. ¡No estoy nerviosa, su teniente! Lo que estoy es furiosa, ea.

PAULINO. Carmelilla, por Dios...

CARMELA. (Al fondo:) Aquí Paulino y una servidora no tenemos por qué hacer el ridículo delante de la tropa...

PAULINO. Del ejército, Carmela...

CARMELA. Pues del ejército, que además, seguro, para celebrar la ocupación de Belchite...

PAULINO. La liberación, quieres decir...

CARMELA. Eso, la liberación..., pues seguro que han liberado también las bodegas, y no le quiero decir las ganas de bulla que traerán en el cuerpo.

PAULINO. Calla, Carmela, que el teniente casi no entiende el español. Yo se lo explicaré... (Al fondo.) Verá usted, mio tenente: la signorina vuole dire...

CARMELA. Oye, ¿seguro que está ahí?

PAULINO. ¿Quién? ¿El teniente? Pues, claro: si estoy hablando con él desde hace un rato...

CARMELA. Mira que si se ha largado...

PAULINO. ¿Cómo se va a ir así, por las buenas, sin decirme nada? Es un hombre educadísimo... (Grita hacia el fondo:) ¡Mi teniente! ¡Mi teniente! (Escuchan.)

CARMELA. ¿No te digo yo que...?

PAULINO. ¡Mi teniente! ¿Está usted ahí?

CARMELA. Lo que que yo te diga, Paulino: ése se ha largado. Y seguro que con el peluquero, que le iba rondando esta tarde.

PAULINO. ¡Calla, insensata! (Al fondo:) ¡Mi tenien...! (Le falla la voz. Aterrado, se lleva las manos a la garganta. Susurrando:) ¡Ay, Dios mío!

CARMELA. ¿Qué te pasa?

PAULINO. (Ídem.) ¡La voz!

CARMELA. ¿Qué voz?

PAULINO. La mía... Ya se me ha cascado...

CARMELA. ¿Cómo se te va a cascar por dos gritos de nada?

PAULINO. Yo ya me lo temía... Entre el susto de esta mañana, el frío que hace, y ahora los gritos...

CARMELA. ¿Quieres hablar normal y verás cómo no te pasa nada?

PAULINO. No voy a poder cantar, ni siquiera hablar y, entonces, adiós función...

CARMELA. ¡Pues mira tú qué disgusto me iba a llevar yo...! Por tu madre, Paulino: sigue afónico hasta mañana y nos salvamos de esta mierda.

PAULINO. (Con la voz normal:) ¿Y quién nos salva de que nos fusilen por desacato, eh? ¡Buena es esta gente...!

CARMELA. Vaya, hombre: ya te ha vuelto la voz...

PAULINO. Es verdad: ya me ha vuelto... (En distintos tonos e intensidades): Me ha vuelto... vuelto... vuel... tooooo...

CARMELA. Tú, con tal de hacerme la puñeta... podería

PAULINO. Pero se me puede ir en cualquier momento, durante la función... ¿Y qué hacemos entonces?

CARMELA. Tú lo tienes muy fácil: con hacer el número de los pedos...



PAULINO. (*Como si le hubiera mentado a la madre.*) ¡Calla, Carmela!

CARMELA. Pues, ¿qué pasa? Si te salía muy bien y gustaba siempre mucho...

PAULINO. ¡Que calles, te digo! ¿Quieres mortificarme?

CARMELA. ¿Yo?

PAULINO. ¡Nunca más! ¿Me oyes? ¡Nunca más! ¡Lo juré en Barcelona, y nunca más! Aunque me muera de hambre.

CARMELA. También lo juraste en Logroño...

PAULINO. En Logroño no lo juré: lo prometí, que no es lo mismo.

CARMELA. Bueno, si tú lo dices...

PAULINO. Pero, ¿es que no lo comprendes, Carmela? ¿No te das cuenta de cómo me humillas recordándome esa... esa...? ¡Yo soy un artista, un cantante!

CARMELA. ¿Y eso qué tiene que ver? Si además tienes ese don que Dios te ha dado...

PAULINO. ¿Don? ¿Llamas don a esa..., a esa ignominia?

CARMELA. ¿A esa qué?

PAULINO. A esa vergüenza, a ese castigo, a esa cruz...

CARMELA. Mira que eres exagerado...

PAULINO. No soy exagerado. Lo que pasa es que tengo dignidad. ¿Sabes lo que es eso? No, sospecho que no...

CARMELA. Oye, sin faltar... Que yo, cuando quiero, me sé poner tan digna como la que más...

PAULINO. Me refiero a la dignidad del artista, ¿comprendes?

CARMELA. Ah, bueno... Si te pones así...

PAULINO. Me pongo en mi sitio. Y si alguna vez tuve que salirme, o sea, rebajarme, o sea, perder la dignidad...

CARMELA. ¿Te refieres a echar mano de los pedos?

PAULINO. ¡De los pedos, sí! ¡De ese... «don divino», como tú le llamas...! Ya ves qué don divino será, que por su culpa me echaron del seminario a los trece años...

CARMELA. ¿Te echaron? Pues, ¿no me habías dicho que te saliste porque un cura te andaba...?

PAULINO. Me andaba toqueteando a todas horas, sí, aquel cura... Pero la verdad es que me echaron, me expulsaron, porque, para hacerme el gracioso con mis compa-

ñeros, lucía el «don divino» en plena misa, en el momento de la consagración...

CARMELA. (*Santiguándose.*) ¡Jesús, María y José! ¿Y por qué esa herejía?

PAULINO. No te sabría explicar... Pero tengo muy claro que, de mayor, cada vez que he caído en su... comercio, o sea, cada vez que me he rebajado a ganarme la vida... con eso... pues, eso: algo se ha roto en mí.

CARMELA. ¿Qué se te ha roto?

PAULINO. Por dentro, quiero decir...

CARMELA. Por dentro, no sé... Pero, por fuera, nos hubieran roto la cabeza en Barcelona y en Logroño si no llegas a actuar con los pedos... Tú afónico, yo tísica, a ver cómo hubiéramos cumplido los contratos...

PAULINO. Hay un contrato más importante, Carmela, y es el que un artista tiene firmado con las musas.

CARMELA. ¡Caray, Paulino! Cómo estás hoy... Si parece que te has escapado de una comedia de don Jacinto Benavente...

PAULINO. Basta, Carmela: no discutamos más. Pero, entérate: yo soy un cantante. Sin suerte, es verdad, pero un cantante. Y los pedos son lo contrario del canto, ¿comprendes? Los pedos son el canto al revés, el arte por los suelos, la vergüenza del artista... Y si uno lo olvida, o no lo quiere ver, o lo sabe y le da igual, y se dice: «A la gente le gusta, mira cómo se ríen, a vivir de los pedos... o de lo que sea», entonces, entonces, Carmela, es... es... pues, eso: la ignominia...

CARMELA. ¡Y dale...!

PAULINO. Le doy, sí: a ver si te enteras de una vez. No más pedos en mi carrera... ni aunque me fusilaran los fascistas... (*Repara de pronto en lo que ha dicho y su exaltación se calma al punto. Mira, medroso, en torno suyo.*) Pero... ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo he podido...? (*A CARMELA, airado:*) ¿Te das cuenta de cómo me provocas con tus...?

CARMELA. ¿Quién te provoca? Si te has puesto así tú solito...

PAULINO. (*Muy nervioso.*) ¿Dónde está el teniente? (*Al fondo de la sala:*) ¡Mi teniente!



CARMELA. Yo, para mí, que han suspendido la función...

PAULINO. Me extrañaría mucho. (*Baja la voz, inquieto.*) ¿Y si es un truco para ver si nos vamos de la lengua?

CARMELA. ¿En qué nos íbamos a ir?

PAULINO. No sé... Tal vez creen que somos espías, o algo así... (*Grita hacia el fondo.*) ¡Mi teniente!

CARMELA. ¿Espías, tú y yo? ¡Ay qué risa, María Luisa! Pero si esta mañana les hemos dicho todo lo que han querido, y más...

PAULINO. Ya lo sé... Pero esta gente es muy desconfiada. Ven rojos por todas partes... ¿Dónde está Gustavete?

CARMELA. Ha ido a ver si le arreglaban la gramola.

PAULINO. Ésa es otra: Gustavete manejando la gramola... Menuda gramola y menudo Gustavete... (*Hacia el fondo:*) ¡Mi teniente!

CARMELA. ¿Qué tienes que decir del chico?

PAULINO. No digo nada... ¿Sabes qué se me ocurre? Vamos a disimular.

CARMELA. ¿A disimular?

PAULINO. Sí: hagamos como que estamos ensayando un baile...

CARMELA. Pero, ¿no es ya la hora de empezar?

PAULINO. Por eso mismo: es ya la hora de empezar, y el teniente no respira, la tropa no aparece... Esto me da muy mala espina... Vamos... (*Se colocan en posición de iniciar un número de baile.*)

CARMELA. Mira, Paulino, no empieces con tus aprensiones, que te conozco... y me conozco: tú te asustas, me asustas a mí, tú te asustas más de verme asustada y yo...

PAULINO. ¡Un, dos, tres: ya! (*Comienzan a evolucionar por escena en rudimentaria coreografía, y continúan dialogando mientras acechan, inquietos, la sala y los laterales del escenario.*) ¿Qué le estaba diciendo?... ¡Un, dos, un, dos!

CARMELA. ¿A quién?

PAULINO. Al teniente... ¡Tres, cuatro, tres, cuatro!

CARMELA. ¿Cuándo?

PAULINO. Hace un momento, antes de salir tú... ¡Vuelta

derecha, un, dos!... La última vez que manejó las luces fue...

CARMELA. ¿Y qué más da eso?

PAULINO. ¡Vuelta izquierda, tres, cuatro!... Por si dije alguna imprudencia...

CARMELA. ¿Imprudencia, tú? Me extrañaría...

PAULINO. ¡Cinco, seis, atrás!... Ya sé: le estaba diciendo que esto de actuar así, con lo puesto...

CARMELA. ¿Con lo puesto? ¡Ojalá pudiera yo actuar con mi ropa, y no con estas cortinas remendadas...!

PAULINO. (*Se detiene.*) ¡Tu ropa! ¿Dónde está tu ropa?

CARMELA. ¿Dónde va a estar? En ese camerino lleno de cucarachas que...

PAULINO. (*Asustado.*) ¿Qué hiciste con la octavilla de la C.N.T.<sup>10</sup> que nos dieron anoche en Azaila?

CARMELA. ¡Ay, hijo! Qué susto me has dado... La usé anoche mismo, en el retrete. *la letra*

PAULINO. ¿Seguro que no la llevabas esta mañana en el bolsillo?

CARMELA. ¿Tan <sup>pover</sup>guarra te crees que soy?

PAULINO. No, mujer... Estoy pensando que.. Pero, sigamos... ¡Un, dos, un dos!... Estoy pensando que esta mañana, al detenernos, nos han registrado muy finamente...

CARMELA. Eso es verdad: las cosas como son.

PAULINO. En el interrogatorio también han estado muy amables...

CARMELA. Mucho. El sargento no hacía más que decirme: «Tranquila, prenda, que esto es un puro trámite...».

PAULINO. Y cada vez que te lo decía, tocadita al culo.

CARMELA. Al culo, no: aquí arriba.

PAULINO. Y se han creído enseguida que hemos cruzado las líneas sin darnos cuenta...

<sup>10</sup> Confederación Nacional del Trabajo, sindicato anarquista fundado en 1911 y que tuvo una fuerza creciente entre el proletariado y campesinado españoles. Durante la guerra civil fueron partidarios de la revolución social y de la política de colectivizaciones, siendo precisamente las colectividades agrarias de Aragón su modelo por excelencia.



11 El 15 de diciembre de 1937 el ejército republicano inició una ofensiva victoriosa contra Teruel, que fue reconquistada por las tropas franquistas, mandadas por los generales Aranda y Yagüe, el 22 de febrero de 1938.

Se han creído que nosotros  
no nos vamos a extrañar,

CARMELA. (Cantando y bailando:)

(De pronto se produce un cambio de luces. Los dos se inmobilizan, sorprendidos, pero CARMELA reacciona rápidamente y transforma su discusión en un número musical improvisado.)

PAULINO. No es verdad: eras tú quien decías que yo no tenía por qué extrañarme de que ellos hubieran creído que nosotros...

CARMELA. Todo: que si el culo, que si la niebla, que si las morcillas...

PAULINO. ¿Qué te replico yo a ti?

que digo...

CARMELA. ¿Yo? Pero si eres tú quien me replicas todo lo contrario, y ya la tenemos.

PAULINO. Claro, tú, en cuanto abro la boca, me llevas la CARMELA. Ah, tú sabrás...

PAULINO. Oye, pero, ¿qué estamos discutiendo?

CARMELA. Pues, ya ves: aquí los tienes.

PAULINO. Nadie se imaginaba que avanzarían tan de prisa. los fascistas estaban ya en Teruel? 11

CARMELA. Pero, ¿qué fiestas iban a celebrar sabiendo que ver si nos contrataban en Belchite para las fiestas.

PAULINO. A comprar morcillas vendrías tú, que yo venía a venderlas.

CARMELA. A almorzar, no; pero a comprar morcillas si que veníamos.

PAULINO. Si, anda y díles tú a unos militares que te has pasado, sin enterarte, de la zona republicana a la zona nacional en una tartana, como si fueras a almorzar a la fuente...

CARMELA. Hombre: con la niebla que había...

PAULINO. Ya, pero eso, ¿en qué cabeza cabe?

CARMELA. ¿Es que no es verdad? (Van dejando de bailar.)

porque digan que tú dices

que ya no me quieres «na»... 12

(Nuevo cambio de luces, más energético. CARMELA se dirige con resolución al proscenio y habla al «Teniente», mientras PAULINO aún permanece aturrido por la anterior reacción de ella.)

¿Esta usted ahí, señor teniente? Una hora hace que le estamos llamando... Y es para decirle que le diga usted al señor comandante que nosotros aun no estamos preparados, ni la música a punto. Así que haga el favor de poner a la tropa a hacer instrucción como una media hora, que les vendrá muy bien para bajar el vino, mientras aquí Paulino y una servidora acaban de arreglarse... PAULINO. (Reaccionando, pero balbuciente aún.) Dice... mio teniente... la signorina dice... vuole dire... que noi...

(Pero ya CARMELA le ha tomado de la mano y le saca resueltamente de escena. Esta queda un momento vacía. Bruscamente, se hace el

## OSCURO

Sobre la oscuridad se escucha la voz de CARMELA acercándose: «¡Paulino! ¡Paulino!» (Entra por el lateral del fondo la luz blanquecina y vemos a PAULINO durmiendo en el suelo, hecho un ovillo. Vuelve a oírse, más cerca, la voz de CARMELA, y la luz de ensayos se enciende con un «clic».)

CARMELA. (Entra vestida con su traje de calle.) ¡Paulino!... (Lo ve y acude a su lado.) ¿Qué haces, Paulino? ¿Estás...? (Iba a despertarle, pero se contiene.) Dormido, sí: pobre hijo. Lo cansado que debes de estar... (Mira a su alrededor, sale de escena y vuelve al momento con la bandera republicana. Le cubre con ella.) No vayas a coger frío... Con este invierno que no

12 Obviamente, esta improvisada canción de Carmela es invención del dramaturgo.



se acaba nunca... (Le mira, pensativa.) Dichoso tú, que por lo menos puedes dormir algún rato. Yo, en cambio, ya ves: todo el santo día... o la noche... o lo que sea esa cosa gris, más despierta que un centurión. Lo bonito que era eso de sentir el picor en los ojos, y luego la flojera por todo el cuerpo, y arrebujarse en la cama, o donde fuera, y dejar que se te llevaran las olitas del sueño, como decía mi abuela Mamantina...? Donde estará ahora? Me encontraré con ella... y con mi padre... y con mi tío El Cucharillas y su mujer La Talenta... y con Ramón el Risicas, mi primo, y...? ¡Vaya familia de muertos me ha tocado! Claro, que no me extraña: con la ración de miseria que nos tocó en la vida... Y aún decía doña Antonona, la cacica: «Qué fuerza tienen los pobres: todo el día segando con sólo un limón y un par de algarrobos, y nunca se mueren...». La madre que la parió..., bien se la podía haber quedado dentro de la tripa, a doña Antonona, cara de mona, como le decíamos de chicos... Lo que es ella y su familia, seguro que siguen vivos, y contentos, y gordos... Si, gordos: que con una de sus tetas nos hubiéramos lucido yo y todas mis primas... (Queda pensativa.) ¡Qué raro!... Ya casi no puedo sentir envidia, ni rabia, ni... (Se concentra y se esfuerza.) ¡Doña Antonona, cara de mona! Don Melitón, amo cabrón!... (Se auscultaba en busca del sentimiento correspondiente.) Muy poco, casi nada...? Y pena? A ver... (Se concentra.) ¡No te vayas, Mananai! No pongas esa cara! Abre los ojos, cierra la boca...! (Se auscultaba.) Bueno, si aún me queda pena...? Y miedo? (Se concentra.) ¡Los civiles! ¡Que vienen los civiles! ¡Todos al barranco, deprisal... (Se auscultaba.) No, de miedo, nada...? Y de... aquello? (Mira a PAULINO, se concentra.) ¡Dale, Paulino, no te pares! Dale, dale, más...! ahora...! (Se auscultaba.) Psche... No gran cosa...! Qué lastima, Paulino! Con la de gustos que me dabas... Como cuando me lo hacías cantando aquello de: (Canturrea, con leve movimiento acompasado)

!Ay, mamá Inés! ¡Ay, mamá Inés!  
Todos los negros tomamos café...

...llevando el ritmo como un negro rumbero... y sin desafinar ni una nota... (Sonríe con picara ternura.) ¡Demonio de hombre! ¿Donde aprenderías tú esas mañas? Seguro que no fue en el seminario... (Cambio.) Ya basta, Carmela. Agua que no has de beber... Más te valdrá ir olvidando las cosas buenas, para que no se te coma la añoranza... (PAULINO se remueve y masculilla algunas palabras entre nosotros.) Vaya: parece que el señor se quiere despertar. En buena hora sea...

PAULINO. (Sonando en voz alta:) ¡No...! ¡Que no se la lleven!...! Ella no tiene...! ¡Ellos... la culpa... esos milicianos...! ¡...A cantar! ¡Ella no!...! Esos... que se han puesto...! (Segue murmurando, sin que se le entienda.)

CARMELA. ¡Mira con qué me sale éste! ¡Pues no está soñando...! Y en voz alta, además... Vaya novedad... (Intenta despertarle con suavidad.) Despierta, chiquillo, y no te hagas mala sangre con lo que ya no tiene remedio... Pauli, Paulino... Nada: como una criatura en el primer sueño... Si hasta se le salen los mocos... (Le limpia la nariz con un pañuelo. PAULINO resnafa, pero sigue durmiendo.) La culpa, dices... Sabe Dios quién la tiene... Los milicianos... yo... tú... el tonto de Gustavete... la hostia consagrada...

Pero no: ellos no creo, pobres chicos... Ponerse a cantar, sí, eso me dio no sé qué... Aunque, claro, que iban a hacer? ¿Qué más les daba todo, si a la mañana les iban a fusilar? La ocurrencia de traerlos a ver la función, con la bandera...! Qué mala leche, el teniente! En lugar de darles la última cena y matarles, como Dios manda, me los traen aquí, pobres hijos... a tragar quina. A mí me estuvo dando no sé qué desde el principio... Verles ahí, tan serios... (Queda mirando la sala. Canturrea:)

...pero nada pueden bombas,  
rumba, la rumba, la rumba, va  
donde sobra corazón,  
ay Carmela, ay Carmela... 13.



(Como impulsado por un resorte, PAULINO se incorpora y queda sentado, parpadeando. CARMELA se sobresalta.)

Jesús, Paulino... Vaya manera de amanecer...

PAULINO. (Totalmente despierto.) Ah, eres tú...

CARMELA. Sí.

PAULINO. Has vuelto...

CARMELA. Ya ves.

PAULINO. He soñado que... (Se interrumpe.)

CARMELA. ¿Qué?

PAULINO. No, nada... Así que has vuelto...

CARMELA. Sí, he vuelto.

PAULINO. Menos mal.

CARMELA. Sólo que... (Se interrumpe.)

PAULINO. ¿Qué?

CARMELA. Me ha costado más.

PAULINO. ¿Qué quieres decir?

CARMELA. Eso: que me ha costado más.

PAULINO. ¿Por qué?

CARMELA. No sé... Era más difícil.

PAULINO. ¿Qué era más difícil?

CARMELA. Volver... Volver aquí.

PAULINO. ¿No te dejaban?

CARMELA. Allí nadie deja ni no deja.

PAULINO. ¿Entonces...?

CARMELA. Ay, no sé... Mira que eres preguntón... ¿Y tú qué has hecho?

PAULINO. ¿Yo? Nada... Esperarte... (Mira el escenario y la sala.) Es curioso...

CARMELA. ¿Qué?

PAULINO. Esto... Este sitio... Un teatro vacío.

CARMELA. ¿Por qué?

PAULINO. La de cosas que...

Paulino (cfr. nota 4):

Tres colores tiene el cielo  
de España al amanecer.  
Tres colores la bandera...

CARMELA. (Mira el escenario y la sala.) Sí, la de cosas...

(Quedan los dos mirando, en silencio.)

PAULINO. ¿Y tú dónde has estado?

CARMELA. ¿Cuándo?

PAULINO. Todo este rato... Desde que te has ido...

CARMELA. He estado... allí.

PAULINO. Sí, pero, ¿dónde?

CARMELA. No sé. Era... un cruce de vías.

PAULINO. ¿Un cruce?

CARMELA. Sí: de vías de tren. Se cruzaban dos vías de tren.

PAULINO. ¿Quieres decir... una estación?

CARMELA. No, no había estación. Sólo la caseta del guarda-agujas, o algo así, en medio del descampado.

PAULINO. Qué raro... Una caseta...

CARMELA. Sí, pero no estaba.

PAULINO. ¿Quién no estaba? ¿El guarda-agujas?

CARMELA. Ni él, ni nadie. La gente iba llegando, se formaba la cola...

PAULINO. ¿La cola? ¿Os ponían en cola?

CARMELA. No nos ponía nadie. Nos íbamos poniendo nosotros, al llegar...

PAULINO. La costumbre, claro... ¿Y había mucha gente?

CARMELA. Pues al principio, no; pero poco a poco la iba habiendo...

PAULINO. ¿Y estaba el tipo aquel..., el sinvergüenza de la cabeza abierta?

CARMELA. Yo no lo vi. Como no fuera de los más borrosos...

PAULINO. ¿Borrosos? ¿Qué quieres decir? (CARMELA no contesta.) ¿Quieres decir que os vais... que se van... como borrando?

CARMELA. Algo así... (PAULINO, algo inquieto, le toca la cara. Ella sonríe.) No, hombre... Esos deben de ser muertos antiguos, del principio de la guerra... o de antes. No te preocupes: yo aún... (Cambiano vivamente de tema.) ¿Sabes quién ha estado un rato en la cola?

PAULINO. No... ¿Quién?



CARMELA. No te lo puedes ni imaginar... ¡A que no lo adivinas!

PAULINO. ¿Cómo voy a adivinarlo? Con la de muertos que...

CARMELA. Es uno que hacía versos, muy famoso él. Seguro que lo adivinas...

PAULINO. Ay, mujer, no sé...

CARMELA. Sí, hombre, que lo mataron nada más empezar la guerra, en Granada... Es muy fácil.

PAULINO. ¿García Lorca?

CARMELA. (Muy contenta.) ¡Sí!

PAULINO. ¿Federico García Lorca?

CARMELA. ¡Ese mismo!

PAULINO. ¡Caray! García Lorca... Muy famoso... ¿Y ha estado allí, contigo?

CARMELA. Conmigo, sí, allí en la cola... Sólo un rato, al principio. Pero... no te lo vas a creer... ¿Sabes lo que me ha hecho?

PAULINO. No. ¿Qué te ha hecho?

CARMELA. ¡Me ha escrito unos versos!

PAULINO. ¿A ti?

CARMELA. ¡Sí, a mí!

PAULINO. ¿Unos versos te ha escrito, a ti?

CARMELA. Así como suena. Míralos, aquí los llevo... (Saca un pedacito de papel.) Con un lápiz...

PAULINO. A ver, a ver... Qué importante: escribirte unos versos... ¿Y son bonitos?

CARMELA. No sé: no los entiendo. Pero creo que sí...

PAULINO. (Tomando el papel.) Trae, yo te los explicaré... (Lee:) El sueño se... se... Uf, vaya letra...

CARMELA. Sí, ¿verdad?

PAULINO. (Lee:)

El sueño se... desvela por... los muros  
de tu silencio blanco sin... sin hormigas...  
pero tu boca... empuja las... auroras...  
con... con... con pasos de agonía.

CARMELA. Muy fino, ¿verdad?

PAULINO. (Perplejo, sin saber qué decir.) Sí, mucho... Claro, aquí él quiere decir... (Enmudece.)

CARMELA. Yo lo que más entiendo es lo de la agonía.

PAULINO. Sí, eso sí. Eso se entiende muy bien... En cambio, lo de las hormigas...<sup>14</sup>

CARMELA. De todos modos, reconoce que es un detalle...

PAULINO. Y tanto que sí: menudo detalle... y más, estando como está... (Vuelve a leer:) De tu silencio blanco sin... ¿Hormigas, dice aquí?

CARMELA. Sí: hormigas, hormigas...

PAULINO. Ya ves, qué cosa... Silencio blanco sin hormigas...

CARMELA. Y eso del sueño que se desvela, también tiene tela.

PAULINO. También, también... El sueño se desvela por... Muy bonito, muy fino... (Le devuelve el papel.) Guárdalo bien, eh... No lo vayas a perder... ¿Y te los ha escrito allí mismo?

CARMELA. Allí mismo. Con un lápiz... Estaba en la cola, muy serio, algo borroso ya... Bien trajeado...; con agujeros, claro... Pero se le veía un señor...

PAULINO. Era un señor, sí... Y un poetazo. Yo me sé una poesía suya muy fuerte. Es aquella que empieza:

Y yo me la llevé al río<sup>15</sup>,  
creyendo que era mozuela,  
pero tenía marido...

<sup>14</sup> Las hormigas que se mencionan en estos supuestos versos «surrealistas» de Federico García Lorca aparecen reiteradamente en algunos poemas de su espléndido libro *Poeta en Nueva York. Tierra y luna* (Cito por la edición crítica de Eutimio Martín, publicada en 1981 por la editorial barcelonesa Ariel). He hallado referencias a ellas en, por ejemplo, «Fábula y rueda de los tres amigos», «Ciudad sin sueño», «El niño Stanton», «Poema doble del lago Eden», «Navidad», «Nacimiento de Cristo», «Nocturno del hueco» y «Vals en las ramas» (ob. cit., págs. 122, 172, 183, 199, 211, 215, 258, 260, 286 y 289, respectivamente). El autor me confiesa haberse inspirado en ellos para componer estos cuatro versos, entrañable homenaje al poeta que, asesinado el 18 de agosto de 1936, pronto se convirtió en símbolo de la barbarie fascista.

<sup>15</sup> Paulino recita, con variante incluida («Y que yo me la llevé al río»), los



CARMELA. Sí, yo también la conozco... Del «Romancero flamenco», ¿verdad?  
PAULINO. No, flamenco, no: gitano. El «Romancero gitano».  
CARMELA. Eso. Muy bonita, sí... Pues allí estaba él, ya te digo, mirando el suelo, muy serio, y yo voy y le digo...  
PAULINO. ¿Había hormigas?  
CARMELA. ¿Dónde?  
PAULINO. En el suelo, allí donde él miraba...  
CARMELA. ¿Y yo qué sé? Para fijarme en eso estaba yo...  
PAULINO. Sí, claro... Lo decía por... Pero sigue, sigue...  
CARMELA. Conque le digo: «Usted no es de por aquí, ¿verdad?»... Porque yo le notaba un no sé qué... Y él va y me contesta: «Pues usted tampoco, paisana.» Y ahí nos tienes a los dos, hablando de Granada... Y resulta que conocía a la Carucas, una prima hermana de la hija del primer marido de mi abuela Mamanina, que había estado sirviendo en su casa...  
PAULINO. Ya ves tú, qué pequeño es el mundo...  
CARMELA. Eso mismo le dije yo, y él me contestó: «Muy pequeño, Carmela, muy pequeño... Pero ya crecerá.»  
PAULINO. ¿Eso te dijo?  
CARMELA. Sí.  
PAULINO. ¿Ya crecerá?  
CARMELA. Sí.  
PAULINO. Qué cosas... Ya crecerá...  
CARMELA. Y en esas que se acerca el cura de Belchite, que casi no se aguantaba derecho de lo blandorro que estaba.  
PAULINO. ¿Por qué, blandorro?  
CARMELA. No sé muy bien... Se ve que lo echaron del campanario abajo...  
PAULINO. Pobre hombre...  
CARMELA. Ya lo puedes decir, ya... Si vieras cómo sudaba.  
PAULINO. ¿Sudar? ¿Con este frío?

versos iniciales del celeberrimo romance de «La casada infiel», sexto del *Romancero gitano*, que puede leerse en la edición de Miguel García-Posada (Madrid, Castalia, 1988, págs. 134-135).

CARMELA. Del apuro que estaba pasando. Porque la gente ya se está empezando a cabrear.  
PAULINO. ¿Por qué?  
CARMELA. Porque no dan la cara.  
PAULINO. ¿Quién no da la cara?  
CARMELA. Nadie: ni Dios, ni la Virgen, ni la palomica...  
PAULINO. ¿Qué palomica?  
CARMELA. La que vive con ellos.  
PAULINO. ¿Te refieres al Espíritu Santo?  
CARMELA. Ése, sí. Pues ni el Espíritu ni nadie.  
PAULINO. Pero, mujer... Dios y la Virgen no van a ir por ahí, atendiendo a todos.  
CARMELA.. Bueno, vale... Pero, por lo menos, no sé: los ángeles, los santos...  
PAULINO. En eso tienes razón.  
CARMELA. San Pedro, por ejemplo... ¿dónde está San Pedro?  
PAULINO. ¿A mí qué me preguntas?  
CARMELA. Y, claro, pues todo va manga por hombro.  
PAULINO. No hay derecho...  
CARMELA. Había una mujer, muy enfadada, que no paraba de llamar a Santa Engracia... «Pero, bueno, decía, ¿dónde está Santa Engracia, a ver? Me he pasado la vida rezándole y poniéndole velas cada viernes... Más de doscientos duros en velas le habré puesto. Y ahora, ¿qué? ¿Dónde coño está Santa Engracia?»... Y allí no aparecía ni Santa Engracia ni nadie.  
PAULINO. Pobre mujer: doscientos duros y, ya ves...  
CARMELA. Tirados a la calle... Y claro, pues el cura todo era dar disculpas, y que si tengan paciencia, que si enseguida vendrá alguien... Pero, ¡ca! Allí nadie...  
PAULINO. (*Interrumpiéndole.*) Oye, Carmela...  
CARMELA. ¿Qué?  
PAULINO. Yo... yo no sé lo que es esto.  
CARMELA. ¿Lo que es, qué?  
PAULINO. Esto... Lo que nos pasa... Que tú estés aquí, muerta, y que podamos hablar, tocarnos... No entiendo cómo está ocurriendo, ni por qué...



CARMELA. Yo tampoco, pero... ya ves.  
PAULINO. Te juro que casi no he bebido... Y soñar, ya sabes que yo no sueño nunca... o casi.  
CARMELA. No, tú con roncar, ya...  
PAULINO. Entonces, ¿cómo es posible?  
CARMELA. Qué quieres que te diga... A lo mejor, digo yo, como hay tantos muertos por la guerra y eso, pues no cabemos todos...  
PAULINO. ¿En dónde?  
CARMELA. ¿En dónde va a ser? En la muerte... Y por eso nos tienen por aquí, esperando, mientras nos acomodan...  
PAULINO. No digas tonterías, Carmela. ¿Crees tú que la muerte es... un almacén de ultramarinos?  
CARMELA. ¿Y tú que sabes, di? ¿Te has muerto alguna vez?  
PAULINO. Claro, aquí la única muerta es la señora... ¡Pues, menuda...! ¿Dónde se ha visto una muerta comiéndose un membrillo?  
CARMELA. (*Que, en efecto, ha sacado un membrillo y lo está oliendo.*) ¡Me lo ha dado el cura! Y, además, no me lo estoy comiendo...  
PAULINO. Pero, ¿a que te lo puedes comer? A que sí... Anda, cómetelo y verás...  
CARMELA. (*Vacila.*) ¿Qué pasa si me lo como?  
PAULINO. Tú, cómetelo... (CARMELA, *tras dudar, muerde del membrillo. Triunfal:*) ¿Qué?  
CARMELA. ¿Qué, qué?  
PAULINO. Eso: ¿qué notas?  
CARMELA. Que está soso.  
PAULINO. (*Sorprendido.*) ¿Soso?  
CARMELA. Sí: que no me sabe a nada.  
PAULINO. ¿A nada? A ver... (CARMELA *se lo da.* PAULINO *muerde un bocado.*) Está riquísimo... (*Sigue comiendo.*) ¿Cómo puedes decir que no sabe a nada? (*Ídem, con voracidad.*) Yo lo encuentro en su punto: ni verde ni maduro. Y sabroso como... (CARMELA *se ha puesto a sollozar quedamente.* PAULINO *comprende, deja de comer y va a devolverle el membrillo. Muy azorado, no sabe qué hacer.*) Carmela, yo... Perdona... Tenías tú razón...

CARMELA. (*Conteniendo el llanto.*) ¡Con lo que me gustaban los membrillos...!  
PAULINO. Carmela, por favor..., perdona... yo no... (*Le ofrece.*) ¿Quieres?  
CARMELA. (*Estalla en lágrimas.*) ¿Para qué? Si no me sabe a nada..., a nada...  
PAULINO. En realidad... sí que está un poco soso... Yo... (*Súbitamente violento, arroja el membrillo y la increpa.*) ¿Por qué lo hiciste, Carmela? ¿Por qué tuviste que hacerlo, di? ¿Qué más te daba a ti la bandera, ni la canción, ni la función entera, ni los unos, ni los otros, ni esta maldita guerra? ¿No podías haber acabado el número final y santas pascuas? ¿Quién te mandaba a ti ponerte brava, ni sacar las agallas, ni plantarles cara...?  
CARMELA. (*Furiosa, desde el llanto.*) ¡No me grites!  
PAULINO. (*Igual.*) ¡Tú eres la que no has de gritar!  
CARMELA. ¿Por qué no?  
PAULINO. ¡Porque estás muerta, y los muertos no gritan!  
CARMELA. ¡Lo dirás tú, que no gritan! (*Grita.*)  
PAULINO. ¡Ya ves!  
CARMELA. ¿Qué veo?  
PAULINO. Lo que has conseguido: tú, más muerta que... que una rata muerta, y yo...  
CARMELA. ¡No me insultes!  
PAULINO. Yo... ¡peor que muerto! ¿Qué pensabas ganar, eh? ¿Qué íbamos a ganar nosotros haciéndonos los héroes? ¿No era bastante haber aguantado casi dos años de guerra con nuestras «varietés»? ¿Te parece poco heroísmo ése? «Carmela y Paulino, variedades a lo fino»... ¡Menuda finura! Y de las capitales, a olvidarse, que hay mucha competencia... Y venga pueblo arriba y pueblo abajo, con los cuatro baúles... y el tonto de Gustavete, que es como llevar otro baúl, porque ni sirve para representante, ni para regidor, ni para tramoyista...  
CARMELA. ¡No te metas con Gustavete!  
PAULINO. ¡Eso: defiéndele! Ya salió Santa Carmela, patrona de los subnormales...  
CARMELA. Para subnormales, tú. Que si no te hubieras



dado tantos humos de artista con el teniente, no se le hubiera ocurrido hacernos actuar...

PAULINO. Ah, ¿no? ¿Y qué nos hubieran hecho?

CARMELA. Pues soltarnos y dejarnos marchar a las dos horas...

PAULINO. ¿Dejarnos marchar? ¿Dejarnos marchar, so cándida? Pero, ¿tú sabes lo que es una guerra? ¿Tú tienes idea de lo que está pasando por ahí? (*Señala hacia el exterior.*) Anda: sal a dar una vuelta y verás lo que te encuentras... Asómate a la escuela y mira cuántos «niños» han metido allí, y lo crecitos que están, y cómo les hacen cantar la tabla del siete... Y luego ve por las afueras y cuenta la gente que han sacado a «pasear»<sup>16</sup> y se ha quedado a «descansar» al borde de la carretera... Bueno, y sin ir más lejos: mira lo que han hecho contigo...

CARMELA. Ya está bien, ¿no?

PAULINO. Ya está bien, ¿de qué?

CARMELA. De restregarme por las narices que estoy muerta. Que hasta parece que te alegras...

PAULINO. ¿Que me alegro yo de...?

CARMELA. Bastante me pesa a mí, que ni el sabor de los membrillos noto.

PAULINO. ¿Cómo puedes decir que...? ¡Pero si eres tú quien...!

CARMELA. (*Súbitamente, como escuchando algo.*) ¡Calla!

PAULINO. ¿Qué pasa?

CARMELA. ¿Oyes?

PAULINO. (*Escucha también.*) ¿Oír, qué?

CARMELA. ¿No oyes nada?

PAULINO. ¿De qué?

CARMELA. Bombas, cañonazos...

PAULINO. Yo no oigo nada...

CARMELA. Sí, allá lejos... Bum, brrruuum, bummm.

PAULINO. No se oye ni una mosca, Carmela.

<sup>16</sup> «Pasear» fue un eufemismo trágico utilizado en ambos bandos durante la guerra civil para referirse al fusilamiento, casi siempre durante la madrugada, de prisioneros o detenidos cuyos cuerpos aparecían a la mañana siguiente «descansando» en las cunetas de caminos y carreteras. Ni «pasear» ni «descansar» aparecían entrecomillados en la primera edición.

CARMELA. Yo sí. Lejos, pero muy claro...

PAULINO. Vamos, no te asustes... Son imaginaciones tuyas.

CARMELA. Te digo que no. Lo oigo muy bien... ¡Mira que si los matan otra vez...!

PAULINO. ¿A quién?

CARMELA. Hasta parece que los veo... Sí.. Es allí... Las vías... La caseta... Hay humo... Explosiones...

PAULINO. Carmela, por favor..., cálmate... ¿Cómo vas a ver eso que...? Son imaginaciones... No se oye nada, no se ve nada...

CARMELA. Lo veo, sí... Caen muy despacio las bombas..., explotan despacio... Veo la tierra que salta... la metralleta... (*Va hacia su salida. PAULINO la retiene.*)

PAULINO. Estás aquí conmigo, Carmela..., en el teatro... Estás aquí... ¿Adónde vas?

CARMELA. Ellos están allí... No huyen... se quedan quietos... andan despacio... se paran... ¡Van a matarlos otra vez!

(*Bruscamente se desprende de PAULINO y sale corriendo por la zona iluminada del fondo.*)

PAULINO. ¡Carmela, no...! (*Sale tras ella, pero al punto vuelve a entrar, como impulsado por una fuerza violenta que le hace caer al suelo. La luz blanquecina se apaga.*) ¡Carmela! (*Intenta incorporarse, pero está como aturdido y, además, se ha lastimado una pierna.*) ¡Carmela, vuelve! ¡Vuelve aquí! ¡Me he roto una pierna! ¡Estoy herido, Carmela! ¡Me he roto...! (*Pero comprueba que no es cierto y se pone en pie, aún ofuscado. Camina cojeando y vuelve a gritar, con menos convicción.*) ¡... una pierna! ¡No puedo andar, Carmela!... ¡Te necesito! ¡No puedes dejarme así! ¡Me he quedado cojo!...

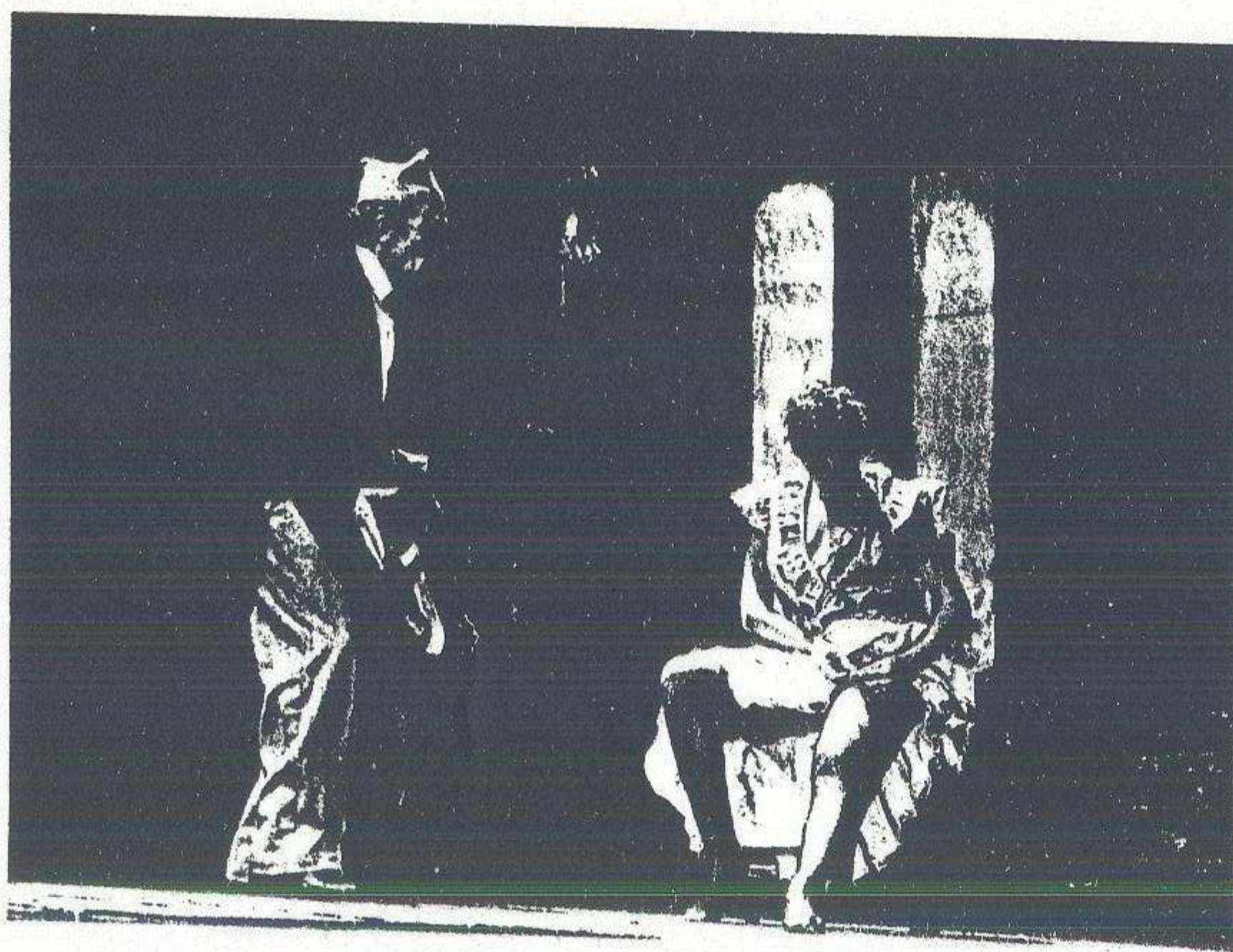
(*De pronto, la escena se ilumina brillantemente, al tiempo que comienza a sonar a todo volumen el pasodoble «Mi jaca»<sup>17</sup>.*)

<sup>17</sup> El estupor de Paulino se explica porque, tras haber invocado los poderes del teatro, éstos escapan ahora a su control e invaden mágicamente la escena. El pasodoble «Mi jaca» es original de J. Mostazo.



PAULINO, asustado, se inmoviliza, mira las luces y también la sala. Se frota los ojos, se tantea la cabeza y, antes de que salga de su estupor, cae rápido el

TELÓN).



Verónica Forqué (Carmela) y José Luis Gómez (Paulino) en un momento del acto primero de *¡Ay, Carmela!* Foto Chicho.

## Segundo acto

(Los primeros minutos transcurren exactamente como en el primer acto: oscuridad, sonoro «clic», luz de ensayos, entrada de PAULINO con la garrafa, miradas al escenario, trago, nuevas miradas, cruce —desabrochándose la bragueta—, salida por el lateral opuesto, pausa, nueva entrada —abrochándose—, miradas y descubrimiento de la gramola, al fondo, en el suelo. Va también junto a ella y, en cuclillas, trata de ponerla en marcha. Al comprobar que no funciona, tiene otra vez el impulso de romper el disco, pero se contiene, se sienta en el suelo y se dispone a arreglarla. Tras varias manipulaciones, intenta de nuevo ponerla en marcha y esta vez sí que funciona. Suena entonces el disco, que reproduce la canción militar republicana «¡Ay, Carmela!»<sup>18</sup>. PAULINO la escucha casi íntegramente, inmóvil. En los últimos compases comienza a rascarse distraídamente las piernas hasta que, de pronto, se las mira, y también las manos, y el suelo a su alrededor... Se incorpora de un salto dándose manotazos por el cuerpo y pisoteando con furia.)

PAULINO. (Grita, rabioso.) ¡Me cago en las hormigas de Dios! ¡Me cago en la puta madre de todas las hormiguitas de Dios y de la Virgen Santísima!...

<sup>18</sup> A raíz del éxito popular de *¡Ay, Carmela!*, película realizada por Carlos Saura, se ha editado un disco con la banda original del film, música compuesta, arreglada y dirigida por Alejandro Massó (Sobre la canción, cfr. nota 3).



(Con los saltos, el disco se raya y comienza a repetir, una y otra vez, parte del estribillo: ¡Ay, Carmela!... ¡Ay, Carmela!... ¡Ay, Carmela!...» Al advertirlo, PAULINO se calma súbitamente y mira como hipnotizado la gramola. Luego otea inquieto a su alrededor y, por fin, se apresura a quitar el disco. Con él en la mano, vuelve a mirar en torno. Murmura:)

Esto no es natural... Esto es demasiada casualidad... Esto ya es adrede... Aquí pasa algo que... Aquí hay alguien que...<sup>19</sup>. Porque yo no estoy borracho. Y es entrar aquí y, dale que te pego: todo son cosas raras... Aquélla que aparece como si nada, la noche de marras que vuelve, las luces que se disparan solas... y ahora, la gramola, haciéndome trucos de feria... ¡Vamos, hombre! Un poco de formalidad... (A un vago e invisible interlocutor.) ¿Qué pasa? ¿Que, porque esto sea un teatro vacío, ya todo vale? ¿Cualquier ocurrencia, ¡plum!, ya está? ¡Vamos, hombre!... Buenas están las cosas por ahí afuera para andar con fantasías... Y lo de menos es ir todo el día enseñando el sobaco... (Esboza el saludo fascista.) Lo peor es que, en cuanto a uno no le gusta tu nariz... o le gustan tus zapatos, ya está: «¡Rojo!»... Y a ver cómo hace uno para desteñirse... (Mirando el disco.) Dichosa tú, que ya estás muerta y puedes mirar los toros desde la barrera. Porque, lo que es yo, si salgo entero de esta corrida... (Sacudiéndose sombríos pensamientos.) Pero, en fin: a lo hecho, pecho... Y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Aquí hay que espabilarse, y andar con ojo, y saber dónde se pisa, y arrimarse a buena sombra... Y si vuelvo de vez en cuando a este teatro, no es para que nadie juegue conmigo a hacer magia barata, ni a los fantasmas, ni a... (Brusca transición. Grita, casi implorante.) ¡Carmela! ¡Ven, Carmela! ¡Como sea, pero ven! ¡De truco, o de mentira, o de teatro...! ¡Me da igual! ¡Ven, Carmela!...

<sup>19</sup> Alusión metaicatral (cfr. Estudio introductorio) a un autor que dispone los efectos de manera excesivamente artificiosa, provocando la lógica irritación del personaje.

(La escena se ilumina bruscamente, como al final del primer acto, y vuelve a sonar el mismo pasodoble: «Mi jaca». Pero esta vez, además, entra CARMELA con su vestido andaluz y un gran abanico, desfilando y bailando garbosamente. PAULINO, tras el lógico sobresalto, reacciona con airada decepción y se retira, muy digno, al fondo. Queda allí de espaldas, con los brazos cruzados; evidentemente, de mal humor. CARMELA ejecuta su número sin reparar en él hasta que, a mitad de la pieza, la música comienza a descender de volumen —o a reducir su velocidad—, al tiempo que la luz de escena disminuye y el baile se extingue. Queda, finalmente, una iluminación discreta, y CARMELA, en el centro, como ausente, casi inmóvil, en trunca posición de baile. Silencio. PAULINO se vuelve y la mira. Sigue irritado, no directamente con CARMELA.)

Demasiado, ¿no?...

CARMELA. (Como despertando.) ¿Qué?

PAULINO. No era preciso tanto, caramba...

CARMELA. ¿Tanto, qué?

PAULINO. Tampoco hay que exagerar, me parece a mí...

CARMELA. Ay, hijo: no te entiendo<sup>20</sup>.

PAULINO. (Parodiándose a sí mismo.) ¡Carmela, ven, ven...! Y, ¡prrrrooom! ¡Tarará, ta, ta! ¡Chunta, chunta...! (Remeda levemente la entrada de CARMELA.) Vaya manera de... Ni que uno fuera tonto... ¡Carmela, ven, ven...! Y prrrrooom... Qué vulgaridad... Y uno se lo tiene que tragar, y darlo por bueno, y apechugar con lo que venga, como si tal cosa...

CARMELA. (Que, evidentemente, no entiende nada, algo molesta ya.)

Bueno, Paulino: ya me dirás qué vendes...

PAULINO. No, si tú no tienes la culpa, ya lo sé...

CARMELA. ¿La culpa? ¿De qué?

PAULINO. De nada, Carmela, de nada... Tú, bastante haces, pobre... Ahora aquí, ahora allá... Que si viva, que si muerta...

<sup>20</sup> Este diálogo se construye sobre un desajuste temporal entre los personajes (cfr. Estudio introductorio), producto de la resistencia de Paulino a aceptar la situación planteada por el Autor-Demiurgo.



CARMELA. Mira que te lo tengo dicho: no abuses del conejo.

PAULINO. ¿Qué?

CARMELA. Siempre te sienta mal. Y peor con los nervios de antes de empezar.

PAULINO. ¿De qué hablas?

CARMELA. ¿A quién se le ocurre merendarse un conejo entero, a menos de dos horas de una función que ni Dios sabe cómo nos va a salir? Pero no dirás que no te he avisado: «Para, Paulino, que el conejo es muy traidor, y se te va a indigestar, y tú, cuando vas mal de las tripas, ya no das pie con bola»... Pero tú: «Que no, Carmela, que el comer bien me da aplomo»... Y ya ves... ¿Qué te notas? ¿Mareos, fiebre? (*Le toca la frente.*)

PAULINO. No me noto nada... Estoy perfectamente...

CARMELA. Pues dices unas cosas... y tienes una cara...

PAULINO. ¿Y qué cara quieres que tenga?

CARMELA. Como querer, querer... la de «Car» Gable<sup>21</sup>. Pero ya me conformaba con que te volvieran los colores...

PAULINO. ¿Es que estoy pálido?

CARMELA. Tirando a verde... Claro que yo... ¡Mira que tener que hacer la función casi sin pintarme! Y encima, la regla que me va a venir...

PAULINO. ¿Cómo lo sabes?

CARMELA. Por la muela.

PAULINO. ¿Qué muela?

CARMELA. Siempre te lo digo: cuando me va a venir la regla me duele la muela del juicio.

PAULINO. Eso son aprensiones...

CARMELA. ¿Aprensiones? Eso es que me avisa.

PAULINO. Bueno, no discutamos.

CARMELA. Vale, pero, ¿de dónde saco paños?

<sup>21</sup> Clark Gable, actor norteamericano de cine, fue un galán muy popular en la España de la época por su actuación en películas como *Tierra de pasión* (1932) o *Rebelión a bordo* (1937). Al interpretar el personaje de Rhett Butler en la célebre película *Lo que el viento se llevó* (1939), se convirtió en uno de los mitos cinematográficos de la postguerra.

PAULINO. ¿Y yo qué sé?

CARMELA. Claro, a ti te da igual. Como vosotros siempre estáis secos...

PAULINO. (*Que, durante el diálogo, ha ido «ingresando» paulatinamente en la situación definida por CARMELA.*) Secos o mojados, lo principal es no apocarse, hacer de tripas corazón y echarle toda el alma a la cosa... (*Con ánimo resuelto, va sacando de escena lo que pueda estorbar la actuación: la gramola, la garrafa...*) Como si estuviéramos actuando en el Ruzafa...<sup>22</sup>.

CARMELA. ¡En el Ruzafa! ¡Ave María purísima! Lo mismo va a ser esto... Los decorados, la música, los números... Todo igual, igual. Y Belchite, lo mismo que Valencia...

PAULINO. Quiero decir... nosotros... nuestro arte... Siempre hay que darle lo mejor al público. Estemos como estemos, tengamos lo que tengamos...

CARMELA. Pues a este público, como no le demos «cuscus»... ¿Te has fijado la cantidad de moros que hay? (*Se va arreglando el pelo.*)

PAULINO. Pues, claro... ¿Ahora te enteras? Moros, italianos, alemanes... (*Sin ironía.*) El Ejército Nacional<sup>23</sup>.

CARMELA. ¿Y es verdad lo que ha dicho el teniente?

<sup>22</sup> El popular Teatro Ruzafa de Valencia, inaugurado el 15 de septiembre de 1880, fue la primera sala de la ciudad en disponer de iluminación eléctrica. Pronto se especializó en el género frívolo, revista musical y espectáculos de variedades. En él actuaron figuras tan relevantes como Celia Gámez, Gracia Imperio y, más recientemente, las más importantes vedettes de las compañías de Colsada. El Teatro Ruzafa, al que era adicto un público popular tanto de la ciudad como de la huerta, acabó sus funciones en junio de 1973 y fue derribado en noviembre de ese mismo año, siendo su último empresario Rafael Culla López.

<sup>23</sup> En la prensa republicana se ironiza con frecuencia sobre esa decisiva ayuda militar al bando franquista por parte del fascismo internacional y, errata intencionadamente política, se escribe «nacional» con «n», es decir, «nazional», o mejor, «nazi-onal». La revista valenciana *Nueva Cultura*, acaso junto a *Hora de España* las de mayor calidad entre las editadas por los intelectuales españoles «leales» a la República, utiliza sistemáticamente esta variante crítica y habla así no sólo de «Ejército nazional» sino también de «Paraíso nazi-onal», «cultura nazionalista», «humor nazi-onal» o «Panorama nazi-onal» (núm. 3, segunda época, mayo de 1937, pág. 23).



PAULINO. ¿De qué?

CARMELA. De esos milicianos que han cogido presos, y que los van a traer a vernos, y que mañana los fusilan...

PAULINO. Bueno... no sé... Parece que sí... Se ve que el comandante les ha querido conceder una... una eso: una última gracia.

CARMELA. (*Se arregla el vestido indecorosamente.*) Pues a mí no me hace ninguna. Estar cantando y bailando con una docena de condenados ahí, mirándote...

PAULINO. Creo que son extranjeros, la mayoría. De las Brigadas Internacionales<sup>24</sup>.

CARMELA. Para mí, como si fueran de Cuenca, pobres hijos... ¿Se me ve el sostén?

PAULINO. (*Le echa un vistazo.*) No.

CARMELA. O aún peor... Venir de tan lejos para esto...

PAULINO. Mujer... no nos saldrá tan mal, ya verás...

CARMELA. Me refiero a que los maten.

PAULINO. Ah, claro... Eso sí, pobres... De Francia, de América... Creo que hay alguno hasta polaco.

CARMELA. ¡Polaco!... Ya ves tú, qué exageración... ¿Quién le iba a decir a su madre, allá tan lejos, que le iban a matar al hijo en Belchite?

PAULINO. Nadie, desde luego.

CARMELA. Seguro que Belchite, en polaco, no se puede ni decir...

PAULINO. ¿Belchite? ¡Qué va...! Ni Zaragoza, ni Badajoz, ni Lugo... Y, si me apuras, ni España.

CARMELA. No: España, sí, que es muy famosa. Y si han venido aquí a luchar, por algo será.

PAULINO. Ya, pero... a saber cómo lo dicen...

CARMELA. A su manera, pero lo dirán. Si no, ¿cómo hubieran podido llegar?

PAULINO. Quien no llega es el público... (*Mira hacia el fondo*

<sup>24</sup> Voluntarios de medio mundo, la mayoría militantes comunistas fieles al internacionalismo proletario que, desde el 14 de octubre de 1936, fueron llegando a Albacete para enrolarse en dichas Brigadas y combatir heroicamente contra el fascismo en, por ejemplo, Madrid, el Jarama, Guadalajara o el propio Belchite.

*de la sala.*) Y el teniente... míralo en la cabina, qué tranquilo está, con Gustavete, fumando como un marajá...

CARMELA. Y encima, como es comunista, no podrá ni rezar...

PAULINO. ¿Quién? ¿El teniente, comunista?

CARMELA. No: su madre.

PAULINO. ¿Qué madre?

CARMELA. La del polaco. ¿No son comunistas, los de las Brigadas esas?

PAULINO. Más o menos... Pero sus madres, no es preciso.

CARMELA. Seguro que también... (*Se va alterando.*) Pues ya ves: ni rezar por su hijo, podrá.

PAULINO. (*Lo advierte.*) Bueno... a lo mejor, ni se entera... Polonia está muy lejos.

CARMELA. Esas cosas, las madres siempre acaban por saberlo.

PAULINO. (*Tratando de aliviarla.*) Puede que ya sea huérfano...

CARMELA. ¡Huérfano, además! ¡Pobre hijo! Polaco, comunista, huérfano, y venir a morir a un pueblo que no sabrá ni decir... (*Cada vez más agitada.*)

PAULINO. (*Ya inquieto.*) Bueno, Carmela: no te pongas así...

CARMELA. ¿Que no me ponga así? ¡Cómo se nota que tú nunca has sido madre...!

PAULINO. Ni tú tampoco, Carmela...

CARMELA. (*Muy alterada.*) ¡Claro que no! ¡Porque tú no has querido, que eres un egoísta! Y si no me llego a empujar, no nos casamos ni por lo civil...

PAULINO. (*Francamente preocupado, vigilando, además, la cabina.*) Está bien, mujer, está bien... Lo que tú digas... Pero ahora no es momento de... Mira: parece que el teniente ya se prepara. Ha debido de acabar la procesión.

CARMELA. ¡Eso sí! Mucha procesión, mucha misa, mucho rosario, y luego... ¡a fusilar huérfanos!

PAULINO. Haz el favor de callarte... Y prepárate... el teniente no sé qué nos dice... Creo que ya <sup>llegó</sup> la tropa.

¿Oyes? (*Por el lateral.*) ¿Está ahí Gustavete?  
CARMELA. (*Indignada.*) Sí..., pero, ¿sabes... que te digo? Que el número de la bandera no lo hago, ea.



PAULINO. ¿Qué dices? *(Trata de sacarla de escena.)*

CARMELA. El de la bandera republicana: que no me da la gana de hacerlo. ¡Pobres hijos! Encima de fusilarlos, darles a tragar quina con la tricolor...

*(Se hace bruscamente el oscuro. Pasos precipitados en el escenario. Continúan dialogando, con la voz contenida, desde la oscuridad.)*

PAULINO. ¡Que calles, te digo! ¡Ya está! ¡Vamos a empezar! ¡A tu sitio! ¡Gustavete: preparada la música!

CARMELA. Te digo que no lo hago. Ya puedes ir inventándote algo, porque yo no salgo a burlarme de la bandera. Eso encima, pobres hijos...

PAULINO. Pero, ¿desde cuándo te importa a ti un rábano la bandera de la República? ¿Qué más te da a ti burlarte de ella o de los calzoncillos de Alfonso XIII?<sup>25</sup>... ¡Gustavete, la marcha! ¡El público está entrando en la sala!... Nosotros somos artistas, ¿no? Pues la política nos da igual. Hacemos lo que nos piden, y santas pascuas.

CARMELA. ¿Ah, sí? ¿Y si te piden lo de los pedos?

PAULINO. ¡Eso no es lo mismo! ¡Los pedos no tienen nada que ver con la política!

CARMELA. Pues para mí es lo mismo... O peor.

PAULINO. ¿Qué es peor para ti?... Bueno, no me importa. ¿Quieres no complicar las cosas ahora?... Los papeles...

¿Dónde coño he puesto yo los papeles?... ¿Seguro que funciona la gramola?... ¿Sabes cuándo es tu entrada, Carmela?... ¡Carmela! ¿Dónde te has metido?... Ya están entrando... ¡Madre mía, cuántos oficiales!... ¿Aquél no es Franco? ¿El general Franco?... ¡Carmela! ¿Has visto a Carmela, Gustavete? Estaba ahí hace un momento...

¿Funciona la gramola? ¡Los papeles, menos mal! ¿Y mi gorro? ¿Dónde está mi gorro? ¿Qué he hecho con...? ¡Aquí está! ¿Y Carmela?... ¡Carmela! ¿Se puede saber dónde...?

<sup>25</sup> Tras la victoria republicano-socialista en las elecciones municipales celebradas el 12 de abril de 1931, el rey Alfonso XIII (1886-1941) se exilió y pudo proclamarse el día 14 la II República española.

CARMELA. Aquí estoy.

PAULINO. ¿Dónde te has ido? ¿Qué hacías?

CARMELA. Mear.

PAULINO. ¿Ahora se te ocurre mear?

CARMELA. No querrás que lo haga luego, bailando...

PAULINO. Bueno, basta de cháchara... ¿Todo el mundo preparado? En cuanto el teniente dé la luz... ¿eh, Gustavete? Y tú, Carmela, ¿sabes cuándo es tu entrada? No te me despistes, que me dejas colgado... ¿Y cómo es mi primera frase?... «Eternos salvadores de la Patria invicta...»

No, al revés: «Invictos salvadores de la Patria eterna...»

La teta, Carmela...

CARMELA. ¿Qué?

PAULINO. Esa teta, que se te va a salir...

CARMELA. No... Si ya te he dicho que me voy a quedar en bragas...

*(Se ilumina de golpe el escenario y, al punto, suena el pasodoble*

*«Mi jaca». Entran simultáneamente, cada uno por un lateral,*

*PAULINO y CARMELA, él desfilando marcialmente, con gorro*

*de soldado puesto y unos papeles en la mano, y ella bailando*

*garbosamente y ondeando un abanico en el cual, según toda evi-*

*dencia, lleva escrita la nueva letra del pasodoble.)*

CARMELA. *(Tras los acordes iniciales, canta:)*

Mi España,  
que vuela como el viento  
para hacerle un monumento  
al valor de su Caudillo.

Mi España  
está llena de alegría  
porque ya se acerca el día  
de ponerse cara al sol.<sup>26</sup>

*(Al terminar, PAULINO se cuadra en el proscenio, frente al*

<sup>26</sup> Letra «adaptada» que, obviamente, es invención del dramaturgo.



público, y extiende el brazo derecho en saludo fascista. Repara en que lleva los papeles en esa mano y se los cambia a la izquierda. Ordena luego las hojas, se aclara la voz y lee con énfasis, que apenas disimula su inseguridad.)

PAULINO. «Invictos salvadores de la Patria eterna: hoy, vosotros, cerebro, corazón y brazo del Glorioso Alzamiento que ha devuelto a España el orgullo de su destino imperial, habéis cumplido una proeza más, de las muchas que ya jalonan esta Cruzada redentora. En vuestra marcha invencible hacia la reconquista del suelo nacional, durante años manchado y desgarrado por la anarquía, el comunismo, el separatismo, la masonería y la impiedad, hoy habéis liberado por las armas esta heroica villa de Belchite<sup>27</sup>. La Quinta División de Navarra del Cuerpo del Ejército Marroquí, bajo el mando del invicto general Yagüe<sup>28</sup>, ha escrito con su sangre inmortal otra gloriosa página en el libro de oro de la Historia semi... semi... sempiterna de España..., ese libro que inspira, dicta y encuaderna con pulso seguro y mano firme nuestro eguer...», no, «nuestro egre...», sí, «nuestro egregio», eso, «egregio Caudillo Franco, a quien esta noche queremos ofrendar...» (*Cambia de hoja.*) «... cuatro kilos de morcillas, dos pares de ligas negras, dos docenas de...» (*Se interrumpe. Mira aterrado al público.*) No, perdón... (*Mira furioso a CARMELA que, ausente, se está arreglando un zapato. Arruga la hoja y se la guarda en el bolsillo.*) Perdón, ha sido un error... (*Busca entre las hojas.*) Queremos ofrendar... ofrendar... ¡Aquí está! (*Lee.*) «...queremos ofrendar esta sencilla Velada Artística, Patriótica y Recreativa», eso

<sup>27</sup> El 10 de marzo de 1938 las tropas franquistas reconquistaron Belchite (cfr. nota 1).

<sup>28</sup> El ejército franquista que lanzó la ofensiva contra Aragón estaba mandado por el general Dávila, con el general Vigón como segundo jefe. Los generales Solchaga, Moscardó, Yagüe y Aranda tenían a su mando los cuerpos de ejércitos: Yagüe el de tropas marroquíes y Solchaga el de tropas navarras. Así, mientras Yagüe avanzó victorioso por la orilla derecha del Ebro, fueron las tropas navarras de Solchaga las que, el 10 de marzo de 1938, reconquistaron Belchite.

es, «... con la que unos humildes artistas populares, la Carmela y el Paulino, Variedades a lo Fino... (*Ambos saludan.*)... en representación de todo el pueblo español...» (*Sonríe, humilde.*) Bueno: de casi todo... (*Lee.*) «... español, guiados fraternalmente por un artista y soldado italiano, de la División "Littorio" del Corpo Trupe Volontarie... (*Señala hacia la "cabina".*) ...el Teniente Amelio Giovanni de Ripamonte, en representación del pueblo italiano, que es tanto como decir del alma joven, recia y cristiana de Occidente...» (*La extensión de la frase le hace perder el aliento y el hilo.* CARMELA lo advierte y le da aire con su abanico.) ... Esto... Bueno... pues... «de Occidente queremos honrar, agasajar y entretener a las tropas victoriosas del Glorioso Ejército Nacional de Liberación...» (*Se da cuenta de que ha acabado el párrafo y repite, cerrando el período.*) «...Nacional de Liberación.» Punto. (*Se excusa con forzada sonrisa.*) Perdonen, yo... Estas bellas palabras no... Quiero decir que el teniente las ha...

CARMELA. (*Quitándole la palabra.*) Quiere decir, señores militares, que aquí el Paulino y la Carmela, para servirles, vamos a hacerles una gala, cosa fina, para que ustedes se lo pasen bien, y con la mejor voluntad, no faltaría más, aunque, ya ven: con una mano delante y otra detrás, como quien dice, porque nos han pillado de sopetón, y así, pues claro, poco lustre vamos a dar a esta jarana de la liberación, porque ya me dirán ustedes cómo va a lucirse una con este guiñapo, aunque voluntad no me falta, ni a éste tampoco, se lo digo yo, ni gracia, vaya, que donde hay, hay, y donde no hay, pues no hay... ahora que a mí, eso de la última gracia, se lo digo de verdad, y hace un momento se lo decía a éste, ¿verdad, tú?, pues que no me parece bien, ea, las cosas como son, que por muy polaco que sea uno, una madre siempre es una madre...

PAULINO. (*Con humor forzado, tras varios intentos de hacerla callar.*) ¡Y madre no hay más que una, y a ti te encontré en la calle!... ¡Muy bien! Sí, señores: ésta es Carmela, una artista de raza y «tronío» que, después de pasear su garbo por los mejores «tablaos» de España, llega aquí, a este



simpático Teatro Goya, de Belchite<sup>29</sup>, para poner su arte a los pies de ustedes...

CARMELA. (*Chistosa.*) Conque ojo, no me lo vayan a pisar con esas botazas... El arte, digo...

PAULINO. (*Con falsa risa.*) ¡Qué ocurrente!... Ésta es Carmela, sí, señores: toda la sal de Andalucía y el azúcar de... de... (*Le fallan sus conocimientos agrícolas.*)

CARMELA. Del Jiloca, ea... aunque sea de remolacha.

PAULINO. Nunca le falta la chispa... cuando se trata de agradar al público...

CARMELA. Eso es verdad: que yo, al público, me lo quiero mucho, tenga el pelaje que tenga... Ya ven ustedes, por ejemplo, tan seriotos ahí, con los uniformes y las pistolas y los sables esos... Pues, para mí, como si fueran mis primos de Colomera<sup>30</sup>... que siempre andaban con la cosa afuera... (*Ríe con falso pudor.*) ¡Uy, ustedes perdonen! Que ésta es una broma que hacíamos yo y mis hermanas...

PAULINO. (*Sobreponiéndose a un súbito ataque de tos.*) Basta, basta, Carmela... Que este distinguido público se merece otra clase de... de ocurrencias... Ya lo ven ustedes, señores: a nuestra Carmela no le hacen falta papeles para llenar con su gracejo un escenario... Pero a mí, sí... (*Hojea los suyos.*) A mí, sí... Porque ahora venía aquello de... aquello... (*Lo encuentra.*) ¡Aquí está! Sí, señores: esto... (*Lee.*) «Y como símbolo de esta fraternidad artística, que es también la de nuestros dos pueblos, el español y el italiano, unidos en la lucha contra la hidra...», no, «contra la hidra... la hidra roja, les ofrecemos este baile

<sup>29</sup> El Teatro Goya existió realmente en el viejo Belchite, es decir, en el pueblo antiguo. Tras la guerra civil, éste no fue reconstruido y hoy es sólo un montón de ruinas, al lado de las cuales está el Belchite actual. Clemente Alonso Crespo, profesor de literatura española en un instituto zaragozano de bachillerato y autor de una meritoria edición anotada de la obra para sus alumnos, asegura que el Teatro Goya de Belchite «era un edificio singular situado en la plaza de la iglesia de San Martín. Todavía quedan restos de su fachada».

<sup>30</sup> La procacidad sexual de la andaluza Carmela nos remite a unos primos que viven en el pueblo granadino de Colomera.

ale... alegre... alegórico-patriótico titulado: Dos Pueblos, dos Sangres, dos Victorias»...

CARMELA. A lo primero eran tres, porque el teniente quería que Gustavete, que es el técnico... y más cosas, hiciera de alemán, y así entraban todos en danza... Bueno, menos los moros, pero esos... (*Gesto vago.*) Pues, lo que les digo: yo, de española, Paulino de italiano... que la verdad es que lo habla muy bien, el italiano, digo... Y Gustavete de alemán, que, aunque es bajito, tiene la cabeza así como cuadrada y el pelo un poco panocha...

PAULINO. Bueno, Carmela... No creo que a estos señores les interese...

CARMELA. Deja que les explique, para que vean que voluntad no nos falta... Pues, a lo que iba: Gustavete de alemán, quería el teniente. Pero resulta que el pobre tiene unos sabañones en los pies que casi no puede ni andar, conque ya me dirán bailar...

PAULINO. Efectivamente, señores: habíamos pensado...

CARMELA. Pero, no se crean: hasta lo hemos probado un rato, esta tarde, porque voluntad no nos falta... Pero, si vieran... (*Ríe.*) ¡El pobre Gustavete...! (*Seria.*) Así que hemos dicho: Tú, Gustavete, a la gramola. No vayan a pensar estos señores alemanes que nos queremos chotear de ellos...

PAULINO. Efectivamente, señores, efectivamente... Nosotros...

(*El «teniente» produce bruscos cambios de luz.*)

Pero ya basta de explicaciones y pasemos sin más al baile... (*Consulta los papeles.*)... «al baile alegórico-patriótico titulado: Dos Pueblos, dos Sangres, dos Victorias»...

CARMELA. Ya digo: a lo primero eran tres, pero... (*Gesto de PAULINO.*) Ya verán como les gusta...

(*Y salen los dos, cada uno por un lateral. Sobre la música de una pegadiza marcha italiana, PAULINO y CARMELA ejecutan una danza, cuya rústica coreografía corresponde aproximadamente a lo que ensayaron en el primer acto. Al terminar,*



salen de escena juntos y, al momento, vuelve a entrar PAULINO y se produce un cambio de luces.)

PAULINO. (*Lee.*) «Espigando al azar en la copiosa y vigorosa poesía épica que en poco tiempo ha generado generosamente el Glorioso Alzamiento Nacional y su Sacrosanta Cruzada de Liberación, encontramos este hermoso "Romance de Castilla en armas" que, con versos a un tiempo rudos y delicados, tiende un puente de valor y heroísmo entre el pasado y el presente. Su autor: Federico de Urrutia»... (*Lee con rapsódica entonación.*)

En el Cerro de los Ángeles<sup>31</sup>  
que los ángeles guardaban,  
¡han fusilado a Jesús!  
¡Y las piedras se desangran!  
¡Pero no te asustes, Madre!  
¡Toda Castilla está en armas!  
Madrid se ve ya muy cerca.  
¿No oyes? ¡Franco! ¡Arriba España!  
La hidra roja se muere  
de bayonetas cercada.  
Tiene las carnes abiertas  
y las fauces desgarradas.

Y el Cid —lucero de hierro—<sup>32</sup>  
por el cielo cabalgaba.

Allá lejos, en el pueblo,  
bajo la iglesia dorada,  
junto al fuego campesino  
miles de madres rezaban

<sup>31</sup> Paulino vuelve a repetir los versos que declamaba al inicio del acto primero (cfr. nota 6).

<sup>32</sup> Estos dos versos, los 57 y 58 del romance de Urrutia, son la verdadera continuación de los anteriores (cfr. nota 6), aunque el verso 58 («por el cielo azul cabalga...») presenta una variante en relación al verso que acaba de recitar Paulino.

por los hijos que se fueron  
vestida de azul el alma.

¡No llores, madre, no llores,  
que la Guerra está ganada!

Y antes que crezcan los trigos  
volveré por la cañada,  
y habrá fiestas en el pueblo  
y voltarán las campanas  
y habrá alegría en las mozas,  
y alegría en las guitarras...

(*Se escuchan hipidos entre bastidores, y ruido de alguien que se suena sin recato. PAULINO se percata, inquieto.*)

y desfiles por las calles  
y tambores y dulzainas  
y banderas de Falange  
sobre la iglesia dorada.

¡Madrid se ve ya muy cerca!  
Toda Castilla está en armas<sup>33</sup>.  
Y el Cid, con camisa azul,  
por el cielo cabalgaba...

<sup>33</sup> Hasta aquí los versos recitados por Paulino corresponden, sin ninguna variante, a los versos 59-77 del romance. A partir del verso 77 el romance original dice:

¡Madrid se ve ya muy cerca!  
La Falange se alzó en armas.  
—Laurel en el rojo y negro  
de sus banderas bordadas.

80

... Por la parda geografía  
de la tierra castellana  
clavadas en los fusiles,  
las bayonetas brillaban.

El Cid, con camisa azul,  
por el cielo cabalgaba...

85

(ob. cit., pág. 30).



*(Irrumpe en escena CARMELA, llorando como una Magdalena.)*

CARMELA. *(Al público.)* ¿Y Polonia, qué? ¿Es que allí no hay madres? ¡Y vaya si está cerca...!

*(Tras unos segundos de terror, PAULINO reacciona y adopta una actitud jovial de presentador.)*

PAULINO. *(Al público.)* Y con esta entrada... sorprendente, damos paso a nuestro próximo número... que es un gracioso diálogo arrevistado... sacado de la bonita comedia frívola y musical... *(Se nota que está improvisando desesperadamente.)* estrenada con gran éxito la pasada temporada... en el Teatro Tívoli, de Barcelona<sup>34</sup>..., con el título... «De Polonia a Daroca... y tiro porque me toca»...

*(A CARMELA, del asombro, se le ha pasado el disgusto. No así al «teniente», que efectúa varios cambios bruscos de luz. PAULINO, en rápida transición, acata sus órdenes.)*

¿No?... Pues no... Sí, ha sido un error... *(Al público, mientras hojea los papeles.)* No, señores: no es éste nuestro próximo número... Ha sido un error... El diálogo arrevistado viene luego... Y, además, es otro... Quiero decir que, de Polonia, nada... Ni de Daroca... Ha sido un error... Nos hemos confundido de comedia... y de número... y de todo... *(Encuentra la hoja.)* Aquí está... ¿Qué les decía? Ahora viene... Sí, eso es... ¡«Suspiros de España»! *(A CARMELA.)* Prepárate, niña... *(Al público.)* Sí, señores: a continuación, Carmela cantará para ustedes el bonito pasodoble del maestro Álvarez «Suspiros de España»... *(Al lateral, mientras CARMELA, al fondo, se arregla el vestido.)* Gustavete, ¿preparado? *(Al público.)* «Suspiros de Espa-

ña», sí: un pasodoble muy español y muy castizo, o sea, muy bonito... Con ustedes, señores y señoras... que diga, no: sólo señores... Carmela y... ¡«Suspiros de España»!

*(Y sale dando, más que un suspiro, un resoplido, mientras sueñan ya los acordes iniciales del pasodoble.)*

CARMELA. *(Avanza hacia el proscenio, evolucionando y cantando.)*

Quiso Dios con su poder  
fundir cuatro rayitos de sol  
y hacer con ellos una mujer.  
Y al cumplir su voluntad  
en un jardín de España nació  
como la flor en el rosal.

Tierra gloriosa de mi querer  
tierra bendita de perfume y pasión  
España en cada flor a tus pies  
suspira un corazón.

Ay de mí. Pena mortal.  
¿Por qué me alejo España de ti?  
¿Por qué me arrancas de mi rosal?

Quiero yo volver a ser  
la luz de aquel rayito de sol  
hecho mujer por voluntad de Dios.

Ay madre mía. Ay quién pudiera  
en luz del día y al rayar la amanecía  
sobre España renacer.

Mis pensamientos han revestido  
el firmamento de besos míos  
y sobre España como gotas de rocío  
los dejo caer.

<sup>34</sup> El Teatro Tívoli, en la barcelonesa calle de Casp, fue sede tradicional del teatro lírico catalán, cuyas temporadas de 1901 y 1922 fueron, según comenta Francesc Curet en su *Història del teatre català* (Barcelona, Editorial Aedos, 1967, pág. 418), especialmente relevantes.



En mi corazón España ha venido  
y el eco llevará de mi canción  
a España en un suspiro.

(*Apenas se extingue el último acorde, CARMELA muestra su brazo al público.*)

¡De gallina! La piel, digo... De gallina se me pone cada vez que canto esta canción. ¿A ustedes no? Yo, es que soy muy sentidora y lo siento todo mucho. Paulino dice que lo que soy es una histérica, pero él, ¿qué sabe? Con esa sangre de horchata que tiene, que nunca se le altera... (*Sofoca una risa pícaro.*) ¡Si yo les contara...! (*Con intención, al ver entrar a PAULINO, canta.*) «¡Ay, mamá Inés! ¡Ay, mamá Inés...!»

PAULINO. (*Ofuscado.*) Muy bien, muy bien, Carmela... Pero esa canción no toca esta noche...

CARMELA. (*Siguiendo con su broma.*) ¿Ah, no? ¡Qué lástima...!

PAULINO. (*Al público.*) Comprendan ustedes... Hemos preparado esta velada en muy pocas horas... y no hemos podido ni ensayar... y, claro, todo va un poco... un poco...

CARMELA. Un poco, no, Paulino: un mucho. Con estos señores no hay que andarse con tapujos, que tontos no son...

PAULINO. (*Alarmado.*) ¡No, qué va...!

CARMELA. Ellos ya se hacen cargo... (*Señala un punto de la sala, en las primeras filas.*) Sobre todo aquel oficial gordito y con bigote que, por la chatarra que lleva encima, debe de ser lo menos general... y que no se ha reído nada en toda la noche.

PAULINO. Basta, Carmela...

CARMELA. (*Al mismo interlocutor.*) ¿Verdad, alma mía, que te haces cargo? (*Gesto zalamero.*) Porque, es lo que yo digo: a estos señores no hay más que verles la cara para saber que entienden de arte fino, aunque se lo presenten deslucido y a trompicones, como ahora nosotros... (*Transición.*) Lo que me sabe mal es lo de aquellos pobres hijos que, además de no entender nada, se van a ir al otro

mundo con una mala impresión... (PAULINO *va a hacerla callar, pero ella cambia de tema.*) Pero, bueno, ya me callo... que enseguida Paulino se pone nervioso... Yo es que, en cuanto me planto delante del público, me entra una cosa que me disparo toda y ya no hay quien me pare...

PAULINO. Efectivamente, señores... Es... el «duende»<sup>35</sup> del arte... la magia del tablado... que Carmelilla lleva en las venas desde que... siendo una niña así... se ganaba la vida cantando y bailando... por los caminos de su Andalucía...

CARMELA. Por los caminos, no, Paulino... Ni que fuera una cabra... Por las calles, y por las tabernas, y por... (*Gesto pícaro.*)

PAULINO. Naturalmente que por los caminos, no... Era... un adorno poético... (*Consultando los papeles.*) Pero ella siempre ha sentido eso... esa cosa... la magia... el duende... la magia... ¡Aquí está! Sí, señores... Y, para magia, la del Mago... (*Guiño de complicidad.*) Pau-li-ching... (*Saluda.*) y su ayudante... Kal-men-lang... (*Presenta a CARMELA. Hace una seña hacia el lateral y suena una ramplona musical quilla orientaloide. Lee, al tiempo que CARMELA esboza con desgana extrañas ondulaciones de cuerpo y brazos.*) «Atención, señores, mucha atención. Porque vamos a entrar ahora en el mundo del misterio y de la fantasía, de la mano del misterioso Profesor Pau-li-ching y de la fantástica Señorita Kal-men-lang... (*Saludos.*) que les asombrarán a ustedes con sus asombrosos poderes» (*A CARMELA.*) ¿Preparada, señorita? (*CARMELA afirma, sin dejar de ondular.*) Muy bien... (*Al fondo de la sala.*) Luces misteriosas, por favor... (*Cambio de luces.*) Vean, señores, cómo un servidor de ustedes, con sus mágicos poderes, es capaz de recomponer mágicamente lo que se destruye... (*Tratando de ser gracioso.*) Cosa que resulta muy útil, en estos tiempos... (*Súbitamente serio.*) Bueno, perdón... Quiero decir... En fin, a lo que iba: esta corbata, por ejemplo...

<sup>35</sup> Precisamente el andaluz Federico García Lorca analizó en una de sus más famosas conferencias la «Teoría y juego del duende» (*Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1966, undécima edición, págs. 109-121).



(Muestra al público su corbata.) Observen que está en perfecto estado... Pues bien, vean ustedes... (Saca del bolsillo unas tijeras, las hace chasquear y se las tiende teatralmente a CARMELA.) Señorita Kal-men-lang: a lo suyo.

(CARMELA, siempre con sus extraños movimientos, toma las tijeras, las muestra al público, da una vuelta alrededor de PAULINO haciéndolas chasquear al ritmo de sus pasos y, por fin, toma con cuidado la parte ancha de la corbata y la va cortando de abajo a arriba. Va arrojando al público cada pedazo y, cuando ya no queda más que el nudo, se separa de PAULINO, muestra el resultado y saluda.)

Habrán visto que aquí no hay truco... La corbata ha sido troceada como un chorizo, y ahí tienen ustedes sus pedazos... Pues bien, presten mucha atención y comprueben mis poderes mágicos...

(Se lleva solemnemente las manos al pecho, realiza allí misteriosos pases mientras gira sobre sí mismo y, al quedar de nuevo frente al público, muestra su corbata... intacta\*.)

¡«Vualá»!... que en francés quiere decir: «Mírala»...

(Ambos saludan ceremoniosamente, al modo «oriental».)

¡Pero esto no es nada, señores! A continuación, vamos a presentarles un número portentoso, que ha causado la admiración de todos los públicos en París, Londres, Moscú... (Se asusta.) No: quiero decir... en Berlín... en Roma... en Salamanca... en Zamora... En fin, en muchos sitios... ¡Carmela, la cuerda!

\* El truco de la corbata. Dos corbatas iguales. Una se pone en forma normal, pero escondiendo dentro de la camisa toda la parte ancha, de modo que sólo el nudo quede visible. Se corta la parte ancha de la otra corbata y se introduce su extremo superior en el nudo de la otra, de manera que parezca que está completa. Troceada esta falsa corbata, se saca rápidamente la verdadera al girar. (Nota del autor.)

(Gesto decidido hacia CARMELA, que está distraída, mirando una zona concreta de la sala: allí donde, supuestamente, se sitúan los milicianos prisioneros.)

¡Carmela!

CARMELA. (Sobresaltada.) ¿Qué? (Reacciona y se pone a ondular.)

PAULINO. La cuerda, señorita Kal.

CARMELA. ¿Qué cuerda?... Ah, sí... (Se desplaza hacia un lateral, desaparece unos segundos y vuelve con una cuerda que lleva en ganchadas varias pinzas de tender ropa. Se la ofrece a PAULINO que, cuando la va a coger, repara en las pinzas.)

PAULINO. (Irritado, sin coger la cuerda, le indica las pinzas.) Por favor, señorita...

CARMELA. (Advirtiéndolas, abandona su personaje y las quita.)

¡Uy, sí! Es que antes he puesto a tender mis...

PAULINO. (Cortándola.) Señorita, por favor...

CARMELA. Vale, vale... (Arroja las pinzas por el lateral y vuelve a su personaje.)

PAULINO. (Tomando la cuerda.) Observen, señores, esta magnífica cuerda del más puro esparto, fuerte y resistente como un cable de acero... más o menos... (La tensa y muestra su resistencia.) Ni diez hombres podrían romperla... Pues bien: mi ayudante, aquí presente, va a atarme con ellas las manos y los pies, y yo, gracias a mis mágicos poderes... ¡voy a librarme en un suspirito! ¡Adelante, señorita Kal!

(Da la cuerda a CARMELA y extiende los brazos ante sí, con las muñecas juntas. Sigue hablando mientras CARMELA le ata las manos con un extremo de la cuerda.)

Proceda usted a atarme con todas sus fuerzas, sin trampa ni cartón... Apriete, apriete... que vean estos señores lo imposible que le resultaría a cualquier mortal deshacer esos nudos marineros por... (En voz baja.) No tanto, animal... (Alto.) Esos nudos marineros por medios naturales... o incluso artificiales... Sí, señores: sólo con medios sobrenaturales, por decirlo así, o sea... mágicos... (A CARMELA.) Bueno, mujer: ya está bien... (Al público.) Por



decirlo así. Y ahora, los pies... (*Mientras CARMELA, en cucullas, procede a atarle los pies con el otro extremo, muestra al público las manos.*) Aquí tienen, señores, unos ligamentos... o ligaduras... o sea: un atadizo que, no veas... Nadie sería capaz de...

(*La cuerda resulta algo corta, de modo que CARMELA, para atarle los pies, obliga a PAULINO a encorvarse, en incómoda y poco airosa actitud.*)

Pero, bueno... ¿Qué pasa aquí, señorita...?

CARMELA. La cuerda, que no da para más.

PAULINO. Ya veo, ya... Pero, en fin, no es preciso que...

CARMELA. ¿Te ato o no te ato?

PAULINO. Sí, claro, señorita... Áteme, áteme, pero... (*En voz baja.*) ¿Te acuerdas de los nudos?

CARMELA. (*Ídem.*) ¿Qué nudos?

PAULINO. (*Ídem.*) Los que te enseñé.

CARMELA. (*Ídem.*) Ay, hijo... ¿Y yo qué sé?

PAULINO. (*Ídem.*) Pero, bueno... Entonces, ¿qué me has hecho?

CARMELA. (*Ídem.*) Pues, atarte.

PAULINO. (*Ídem, inquieto.*) Pero, ¿así... de cualquier manera?

CARMELA. (*Ídem.*) No, hombre: con nudos gorrineros.

PAULINO. (*Angustiado.*) ¿Nudos gorrineros? ¿Y eso qué es?

(*De un brusco salto —pues tiene ya los pies atados— se separa de CARMELA, que cae sentada al suelo. Al público, encorvado, con falsa jovialidad.*) ¡Bien, señores! ¡Pues ya está! ¡Aquí me tienen... atado como... como un gorrino! Lo que pasa es que... ha habido un... un fallo técnico... (*Se desplaza con ridículos saltitos hacia un lateral.*) Resulta que... los medios sobrenaturales..., o sea, mágicos... Pues, eso: que esta noche parece que no van a... Conque el número portentoso no... no está a punto... De modo que... ¡ustedes perdonen!

(*Y sale de escena con un último salto. CARMELA, que ya se ha incorporado, queda en escena sola, algo perpleja.*)

CARMELA. Bueno, pues... no sé qué decirles... Lo que pasa es que no hemos podido ensayar. Y así, claro...

VOZ DE PAULINO. (*Desde un lateral, furioso, en susurro audible.*) ¡Carmela! ¡Las tijeras!

CARMELA. ¿Qué?... Ah, sí... Las tijeras... (*Las saca de su escote y va al lateral, sin dejar de hablar al público.*) Claro, pues todo va como va... Porque a una servidora no le gusta... (*Tiende las tijeras, que alguien toma.*) hacer el ridículo así... Y antes se lo decía al teniente... (*Hacia el fondo de la sala.*) ¿Verdad usted, mi teniente? ¿Verdad usted que hace un rato yo tenía un cabreo de María Santísima por salir esta noche a hacer el papelón aquí... y encima con este vestido, hecha una «facha»...?

(*La mano de PAULINO sale del lateral y, de un brusco tirón, saca a CARMELA de escena. Tras unos segundos de airados cuchicheos, reaparece PAULINO frotándose las muñecas y tratando de recobrar su dignidad.*)

PAULINO. Bien, señores... Ustedes nos sabrán disculpar por... Pero, claro, la magia tiene sus quisicosas que... En fin, vamos a continuar la Velada con... (*Mira los papeles.*) con... sí, con ese mundo tan nuestro y tan castizo de... ¡la zarzuela! Sí, señores: Carmela y un servidor... Carmela... (*Gestos al lateral.*) y un servidor vamos a cantar para ustedes... para ustedes, el famoso dúo... el famoso dúo... ¡Carmela! (*Con falso humor, al público.*) Para un dúo se necesitan dos, por lo menos... ¿no? ¡Carmela!

CARMELA. (*Entra, finalmente, realizando complicadas operaciones en la parte superior de su vestido.*) ¡Ya voy!... (*Y añade en susurro.*) So bruto.

PAULINO. (*Al público.*) ¡Aquí la tenemos... por fin! (*Susurrando.*) ¿Qué pasaba?

CARMELA. (*Igual.*) El sostén.

PAULINO. ¿Qué?

CARMELA. El sostén... que me lo has roto, del tirón...

PAULINO. ¿Y qué has hecho?

CARMELA. ¿Qué voy a hacer? Me lo he quitado...

PAULINO. (*Inquieto.*) Ve con ojo, no vayas a dar un espectáculo...



CARMELA. Tuya será la culpa.

PAULINO. (*En voz alta, al público.*) Bueno, señores... Resuelto felizmente un... un pequeño problema... técnico... pasamos sin más demora... a nuestro siguiente número, que es, como les estaba diciendo, el famoso dúo de Ascensión y Joaquín, de la zarzuela «La del manojito de rosas»... (*A CARMELA.*) ¿Preparada? (*Ella asiente. Hacia el lateral.*) ¿Preparado? (*Hacia el fondo de la sala.*) ¿Preparati?... Quiero decir... ¿Tuto presto, mio tenente? (*Cambio de luces.*) Andiamo súbito... (*Interpretando, a CARMELA.*) «Quiero “decirla” una cosa».

CARMELA. (*Ídem.*) «Dígame usted lo que sea, porque yo lo escucho todo.»

PAULINO. «¿Todo?»

CARMELA. «Lo que no me ofenda.»

PAULINO. «Antes de ofenderla yo, que se me caiga la lengua. Si yo...»

CARMELA. «¿Qué?»

PAULINO. «Si yo...»

CARMELA. «Termine. ¿Le da miedo?»

PAULINO. «No lo crea. Lo que tengo que “decirla” se lo digo por las buenas.»

(*Canta.*)

«Hace tiempo que vengo al taller,  
y no sé a qué vengo.»

CARMELA. (*Ídem.*) «Eso es muy alarmante,  
eso no lo comprendo.»

PAULINO. «Cuando tengo una cosa que hacer,  
no sé lo que hago.»

CARMELA. «Pues le veo cesante,  
por tumbón y por vago.»

PAULINO. «En todas partes te veo.»

CARMELA. «Y casi siempre en mi puerta.»

.....  
(*Siguen cantando el famoso dúo y, durante la interpretación, CARMELA va dando signos visibles de desasosiego, mientras*

*mira nerviosa hacia la zona de la sala en que están los milicianos. Al terminar el número —o quizá antes—, CARMELA parece haber llegado a una resolución: se dirige secamente al público, ante el estupor de PAULINO.)*

CARMELA. Y con este bonito dúo, señores militares, se acabó la fiesta... Porque me ha venido la regla muy fuerte, y me estoy poniendo malísima...

PAULINO. (*Susurra, alarmado.*) ¿Qué dices, loca? (*Al público, tratando de frivolizar.*) Otra salida de la... incorregible Carmela, que tiene la lengua muy suelta... Disculpen un momentito... (*Sale de escena, arrastrando furioso a CARMELA. Se les oye discutir entre bastidores, distinguiéndose frases como:*)

VOZ DE CARMELA. ¡Te digo que no lo hago!

VOZ DE PAULINO. ¡Que sí!

VOZ DE CARMELA. ¡Que no!

VOZ DE PAULINO. ¡Que te cambies!

VOZ DE CARMELA. ¡No me cambio!

VOZ DE PAULINO. ¡Tienes que salir!

VOZ DE CARMELA. ¡No me da la gana!

VOZ DE PAULINO. ¡Gustavete, a cambiarla!

VOZ DE CARMELA. ¡Ni se te ocurra, Gustavete!

VOZ DE PAULINO. ¡Aquí mando yo, que soy el director de la compañía!

(*Tras otras frases ininteligibles, entra PAULINO muy alterado, tratando de controlarse.*)

PAULINO. (*Al público.*) Y ahora sí, señores... Ahora sí que vamos a interpretar para ustedes un gracioso diálogo arrevistado..., aunque no es el que he dicho antes, porque antes me he equivocado, ya se han dado cuenta... Pues bien, sí: de la divertida comedia frívola y musical «El Doctor Toquemetoda»... que con tanto éxito se representó en Madrid, hace dos temporadas, hemos escogido un gracioso y picante diálogo... que el teniente Ripamonte ha tenido la... la ocurrencia de... arreglar, para adaptarlo a las cosas de hoy en día... (*Lanza miradas, entre inquieto y encolerizado, al lateral.*) Claro, que... resulta que...



es decir... puede que no salga tan gracioso... porque resulta que... Bueno, que Carmela se encuentra algo indispuerta... (*Intenta sonreír.*) Ya saben: cosas de mujeres... Y es posible que nos quede... algo deslucido... (*Enérgico, para CARMELA.*) Pero, lo que es hacerlo, lo haremos... ¡Vaya si lo haremos! De «pe» a «pa»... ¡No faltaría más! Y ahora mismito... (*Hacia la «cabina».*) ¡Luci, mio tenente! (*Nuevo cambio de luces. PAULINO gira sobre sí mismo y se coloca las gafas y una nariz postizas. Pasea por escena interpretando a un doctor ligeramente afeminado. Se dirige a un interlocutor invisible.*) Que vuelvan mañana, enfermera. ¿Me oye usted? Hoy ya no recibo a nadie más. Que se vayan todas, todas... (*Monologa.*) ¡Qué barbaridad! Este éxito profesional va a acabar conmigo. Todos los días, la consulta llena... Y el noventa y nueve por ciento de los pacientes... ¡«pacientas»!... Quiero decir: señoras, mujeres, hembras... De toda edad, condición y estado: casadas, solteras, viudas, separadas, jóvenes, viejas, vírgenes, mártires... ¡Qué martirio, el mío! Y seguro que la culpa la tiene ese maldito apellido, que las atrae como moscas: Serafin Toquemetoda... ¡Qué cruz! (*Hacia arriba.*) ¡Papá: te odio! ¿Por qué no te llamabas Fernández, como todo el mundo? (*Hacia el lateral.*) Váyase usted también, enfermera. No voy a necesitar sus servicios hasta mañana... (*Para sí.*) Sus servicios... ¡Otra que tal! Más que una enfermera, parece una modelo de ropa interior. A la menor ocasión, ¡japa!, ya me está enseñando la combinación... Y las pausitas que hace, cada vez que me llama... (*Remedando una voz femenina.*) «Doctor... Tóqueme... toda...» ¡Qué desvergüenza! (*Suenan unos golpes en el lateral.*) ¡Llaman a la puerta! ¿Quién podrá ser?

VOZ DE CARMELA. (*Evidentemente sin ganas, mientras suenan nuevos golpes.*) ¡Ábrame la puerta, por favor, doctor!

PAULINO. ¡No estoy! Quiero decir... ¡no está! ¡El doctor no está!

VOZ DE CARMELA. ¿No es usted el doctor Toquemetoda?

PAULINO. No, señora... Soy su ayudante. El doctor se fue hace mucho rato.

VOZ DE CARMELA. No importa. Ábrame, que es un caso de vida o muerte.

PAULINO. Entonces no le sirvo, porque yo sólo sé recetar Ceregumil.

VOZ DE CARMELA. Si no me abre, me quedaré en la puerta hasta que venga mañana el doctor.

PAULINO. (*Para sí.*) ¡Cielos, qué compromiso! No tengo más remedio que dejarla entrar y, como sea, hacerla salir... (*Finge abrir una puerta en el lateral.*) Pase usted, señora. Pero ya le digo que yo...

(*Entra CARMELA cubierta con un abrigo largo. Toda su actuación es, evidentemente, forzada, mecánica, reprimiendo un creciente malestar.*)

CARMELA. Usted es el doctor Toquemetoda. No pretenda engañarme. Le reconozco por las fotos de los periódicos.

PAULINO. ¿No me confunde usted con el doctor Marañón, que sale mucho?

CARMELA. Salir, sí que sale. Pero me han dicho que entrar, entra muy poco...<sup>36</sup>

PAULINO. Y usted, ¿qué es lo que tiene?

CARMELA. ¿Yo? Calenturas.

PAULINO. Vaya, vaya... Conque calenturas...

CARMELA. Sí, doctor: calenturas. Póngame usted su termómetro, y las notará.

<sup>36</sup> Procaz alusión sobre la supuesta homosexualidad del doctor Gregorio Marañón (1887-1960), autor de una polémica interpretación del mito de Don Juan, sobre el que escribió en 1924 sus «Notas para la biología de Don Juan» y «Psicopatología del donjuanismo». Marañón sostuvo en su ensayo sobre *Amiel*, cuya primera edición es de 1932, que el amor donjuanesco estaba «proximo al amor bisexual» (Madrid, Espasa-Calpe, colección Austral, 1974, pag. 66), y en un prólogo al *Don Juan* de Francisco Agustín, fechado en 1928, defendió que en el Don Juan hay una «tendencia inevitable al narcisismo» y que «en todo narcisismo hay un germen latente de homosexualidad o, al menos, de disminución de la propia diferenciación sexual» («La vejez de Don Juan», en *Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, tomo I, páginas 438-444).



PAULINO. Pues es que resulta que tengo el termómetro... estropeado.

CARMELA. Usted póngamelo, y verá cómo se lo hago funcionar.

PAULINO. Y, además de eso, ¿tiene usted algún otro síntoma?

CARMELA. Muchos tengo, doctor. Pero será mejor... (*Vacila.*) Será mejor... (*Queda callada, en actitud hosca.*)

PAULINO. (*Improvisando.*) Sí, será mejor que... (*Cada vez más inquieto, trata de inducir a CARMELA a continuar.*) Que se quite la ropa, ¿no?... para que pueda reconocerla... (*Venciendo su resistencia, le quita el abrigo: su cuerpo está envuelto en una bandera republicana. PAULINO vuelve a su papel, alterado por la actitud de CARMELA.*) Vaya, vaya... Estos colores no me gustan nada... Se nota que ha tenido usted... alguna intoxicación.

CARMELA. (*Cada vez más a disgusto, lanzando miradas a la supuesta zona de los prisioneros.*) Tiene razón, doctor... Pero la cosa me viene... de nacimiento...

PAULINO. ¿Cómo es eso? (*Ante el silencio de CARMELA.*) Diga, diga... ¿Cómo es...?

CARMELA. (*De un tirón.*) Verá usted, doctor, yo nací de un mal paso, ya me entiende, de un descuido.

PAULINO. Comprendo: de un resbalón abrileño<sup>37</sup>. En primavera, ya se sabe... Y, sin duda, de ese mal nacimiento, le vino una mala crianza... (*Silencio de CARMELA. PAULINO improvisa lo que, sin duda, es el papel de ella.*) Seguro que... alguna de sus nodrizas... le debió pasar mala leche...

CARMELA. (*Seca.*) Eso mismo.

PAULINO. (*Asumiendo cada vez más las réplicas que ella no dice.*) Y seguro que... a los pocos meses... empezaron a salirle... ¿Qué, qué? Diga... Manchas rojas en la piel, ¿verdad?

CARMELA. (*Igual.*) Eso mismo.

PAULINO. (*Sudando por el esfuerzo de salvar la dudosa comicidad de la escena.*) Y como era tan enfermiza, ¿no es verdad?

pues todos querían darle remedio... ¿No es así?... Y unos se lo daban por delante... y otros se lo daban por detrás... (*Manipulando obscenamente a CARMELA.*) Unos por delante y otros por detrás, unos por delante...

(*De pronto, desde un lugar indeterminado —quizá desde la sala—, entonada por voces masculinas en las que se adivinan acentos diversos, se escucha la canción popular republicana:*)

El ejército del Ebro,  
rumba, la rumba, la rumba, va  
una noche el río pasó,  
ay Carmela, ay Carmela...(etc.)<sup>38</sup>.

CARMELA. (*Desprendiéndose violentamente de PAULINO.*) ¡Vete a darle por detrás a tu madre! (*Y se une al canto de los milicianos, al tiempo que abre y despliega la bandera alrededor de su cuerpo desnudo, cubierto sólo por unas grandes bragas negras. Su imagen no puede dejar de evocar la patética caricatura de una alegoría plebeya de la República.*)<sup>39</sup>.

PAULINO. (*Aterrado.*) ¡Carmela! ¡Los... el... las... las tetas!

(*Todo ha sucedido muy rápidamente, al tiempo que la luz ha comenzado a oscilar y a adquirir tonalidades irreales. También el canto —y otros gritos y golpes que intentan acallararlo— suena distorsionado. PAULINO, tratando desesperadamente de degradar la desafiante actitud de Carmela, recurre a su más humillante bufonada: con grotescos movimientos y burdas posiciones, comienza a emitir sonoras ventosidades a su alrededor, para intentar salvarla haciéndola cómplice de su parodia.*)

<sup>38</sup> En la primera edición los brigadistas cantaban:

Tres colores tiene el cielo  
de España al amanecer.  
Tres colores la bandera  
que vamos a defender.

<sup>39</sup> En la iconografía más divulgada por la propaganda republicana solía representársela como una mujer de pie, con una túnica blanca sobre la que cruzaba un jirón de la bandera (roja, amarilla y morada), que empuñaba en sus manos objetos simbólicos como una espada apoyada en el suelo o la balanza de la justicia.

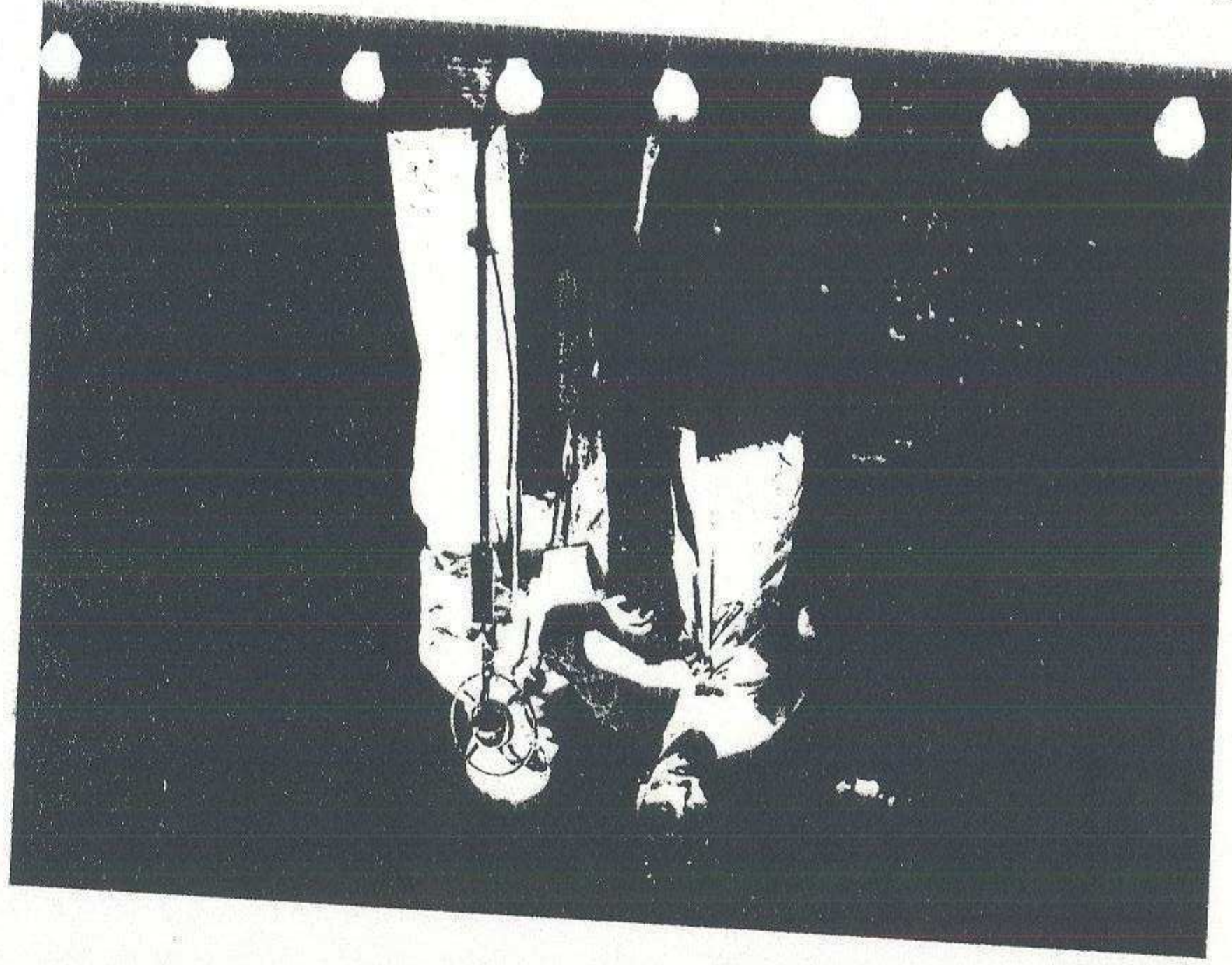
<sup>37</sup> Alusión a la proclamación el 14 de abril de 1931 de la II República española.



PAULINO. (*Improvisa, angustiado y falsamente jocoso.*) ¡Estos son los aires... que a usted le convienen...! Y estas melodías... las que se merecen! Tome por aquí...! Tome por acá...! Do, mi, re, la, sol... si, re, do, mi, fa!

(*La luz se extingue, excepto una vacilante claridad sobre la figura de CARMELA. También decrecen las voces y sonidos de escena, al tiempo que se insinúan, inquietantes, siniestros, los propios de un fusilamiento: pasos marciales sobre tierra, voces de mando, una cerrada descarga de fusilería. Mientras se apagan los ecos, se hace totalmente el*

OSCURO).



Carmela y Paulino interpretando un diálogo de «El doctor Toquemecodas», la comedia frívola y musical con que concluye trágicamente la Velada. Foto Chicho.

(*Sobre el Oscuro, se escucha la voz de PAULINO que, desde fuera de la escena, grita: «¡Ya voy, ya voy...!» Se escucha el «clac» y se enciende la luz de ensayos. Entra PAULINO acabando de ponerse una camisa azul<sup>40</sup> y con una escoba bajo el brazo.*)

## Epilogo

PAULINO. (*Habla hacia el fondo de la sala.*) Ya voy... Es que me estaba poniendo esto... (*Broma, inseguro.*) ¿Me sienta bien?... (*Serio.*) Bueno, ya está... (*Examina el escenario, siempre hablando con el supuesto ocupante de la «cabina».*) O sea: barrer esto, fregar un poco, poner los cinco sillones, las banderas, el crucifijo... Ah, y las colgaduras... Eso está hecho... Y luego... sí: llevar a arreglar la gramola, todo nos vaya a fallar... (*Empieza a barrer.*) En una hora, todo listo. Y si me empeño, hasta puedo encontrar unas flores para adornar el crucifijo, o las banderas, o... Bueno: yo las consigo y tu me dices dónde las quieres, ¿eh, Gústavete?... Ahora que, si no te parece bien, nada de flores, como tu preferas... (*Oye...*) (Oye *hacia el fondo.*) ¿Aún estás ahí? No se te olvide decirle al alcalde... Porque vas a la reunión esa, ¿no?... Pues dile a don Mariano como me estoy portando, ¿eh? Tu ya sabes que a mí, voluntad no

<sup>40</sup> Camisa utilizada por los militantes de Falange Española, que vino a simbolizar la camisa de los vencedores de la guerra civil. Para un vencido como Paulino, ponerse la camisa azul visualiza su actitud acomodaticia ante la realidad del Nuevo Régimen y de sus valores.



me falta... Que vean que conmigo se puede contar para lo que sea... Y, si se tercia, coméntale lo del puesto de conserje... Si me puedo sacar unas pesetas para ir tirando, al menos mientras dure la cosa... Luego, ya veremos lo que... Pero, en fin, lo principal es que sépan que soy de buena ley... Trigo limpio, vamos...? Me oyes? Estas ahí, Gustavete? (Otea y escucha.) Vaya, hombre: otro que se despide a la francesa... o a la italiana... (Sigue barriendo en silencio.)

(Entra la luz blanquecina desde el lateral del fondo. A poco aparece CARMELA con su traje de calle. Viene mordisqueando algo que guarda en la mano. Atraviesa todo el fondo lentamente, sin reparar en PAULINO, que tampoco advierte su presencia, y se detiene cuando está a punto de salir. PAULINO, que está barriendo el proscenio, se pone subitamente a dar escobazos en el suelo, furioso.)

!Miralas qué ricas!... La madre que las parió... A este pueblo se lo van a acabar comiendo las hormigas... (Se rasca el cuerpo.) Y a mí, las chinches...

CARMELA. (Le mira y exclama, sorprendida.) !Paulino! PAULINO. (Tiene una reacción ambigua que, finalmente, se resuelve en seca hostilidad, y sigue barriendo.) ?Qué? CARMELA. Pero, ¿qué te has puesto, hijo mío?

PAULINO. ?Yo? CARMELA. Si: la camisa ésa... !Qué mal te sienta! PAULINO. Pues ya ves... CARMELA. ?De dónde la has sacado? PAULINO. Me la han dado. La otra estaba ya... CARMELA. Pero ésta, con ese color tan... PAULINO. (Hoseo.) A mí me gusta. CARMELA. Bueno, hombre, bueno... ?Te pasa algo? PAULINO. ?A mí? Nada. CARMELA. Si, conmigo... ?Por qué me hablas así? PAULINO. No me pasa nada. CARMELA. ?Seguro? PAULINO. Seguro.

CARMELA. Pues no levantes tanto polvo, hombre, que el

suelo no te ha hecho nada... Vaya manera de barrer... Trae, déjame a mí... (Va a cogerle la escoba; él la rechaza, brusco.)

PAULINO. !No!... !Me pasa que ya estoy hartol CARMELA. ?De qué? PAULINO. !De ti!

CARMELA. ?De mí? Estas harto de mí? PAULINO. Bueno... de ti, no. De... de esto... (Cesto vago, que la incluye a ella.) De lo que pasa en cuanto me quedo solo aquí... Tanto truco, tanta mentira...

CARMELA. ?No te gusta que vengas? PAULINO. ?No!... O sí, pero... !No, no me gustal CARMELA. ?Por qué? PAULINO. (Tras una pausa.) Luego es peor... (Tras otra pausa.) O sea, que... ?soy de mentiras? PAULINO. Tú me dirás...

CARMELA. Pero estoy aquí, contigo... PAULINO. Bueno: estar... CARMELA. Dame un beso.

PAULINO. !Un beso! Vamos anda... No faltaría más... Un beso... CARMELA. Si, dámelo: a ver que pasa. PAULINO. A los muertos no se les da besos.

CARMELA. Ya, pero... Uno sólo, a ver... (Se le acerca.) PAULINO. (Se retira.) ?A ver, qué? CARMELA. ?Qué pasa? ?Ahora me haces ascos? PAULINO. No, pero...

CARMELA. ?Te crees que los gusanos los llevo encima? PAULINO. !Qué cosas dices! CARMELA. Pues el asturiano, bien que me viene detrás... PAULINO. ?Qué asturiano? CARMELA. El de la cabeza abierta... Bueno, no es asturiano, pero casi: de Miranda de Ebro<sup>41</sup>. Sólo que fue en Asturias<sup>42</sup> donde... Pedro, se llama... Pedro Rojas<sup>43</sup>.

<sup>41</sup> Miranda de Ebro es un pueblo situado al norte de la provincia de Burgos, muy próximo al País Vasco.  
<sup>42</sup> Esta localización geográfica de su muerte parece responder a la voluntad del dramaturgo de rendir homenaje a los mineros asturianos que en octu-



bre de 1934 protagonizaron una insurrección revolucionaria, respondida por el Gobierno Lerroux-Gil Robles con una brutal represión.  
<sup>43</sup> Solía escribir con su dedo grande en el aire:  
 «¡Viban los compañeros! Pedro Rojas»,  
 de Miranda de Ebro, padre y hombre,  
 marido y hombre, ferroviario y hombre,  
 padre y mas hombre, Pedro y sus dos muertes.

Son los versos iniciales de «Pedro Rojas», tercer poema publicado por César Vallejo en su antemecedor libro *España, aparta de mí este caliz*, editado en 1939 con un prólogo de Juan Larrea y un dibujo de Pablo Picasso. Vale la pena recordar la primera edición: «Soldados de la República fabricaron el papel, com pusieron el texto y movieron las máquinas. Ediciones Literarias del Comisariado. Ejército del Este». Julio Velez y Antonio Merino, que hallaron ejemplares del libro en la biblioteca del monasterio catalán de Montserrat, en cuyas prensas se imprimió, han publicado una edición facsimil, por la que cito los versos de Vallejo, en su libro *España en César Vallejo* (Madrid, Editorial Fundamentos, 1984, tomo I: Poesía, págs. 201-202).

PAULINO. ¿Y te va detrás?  
 CARMELA. ¡Y cómo!  
 PAULINO. Menudo sinvergüenza... Pero a mí me da igual.  
 CARMELA. Ah, te da igual...  
 PAULINO. Claro: ese está tan muerto como tú... O más.  
 CARMELA. Pues da unos achuchones que no veas...  
 PAULINO. ¿Achuchones? Y tú te dejas, claro... (*Reacción, furioso*). ¡Y a mí qué me importa! ¡Ya me estás enredando otra vez!  
 CARMELA. ¿En qué te enredo yo?  
 PAULINO. ¡En qué te enredo, dice!... Pero, ¿tú crees que, a mi edad, voy a creer en fantasmas?  
 CARMELA. Oye tú: sin faltar, que yo, de fantasma, nada.  
 PAULINO. Pues si no eres un fantasma, y te me apareces por aquí, y resulta que estás muerta, y yo estoy vivo, y soy de verdad, y aquí nos tienes, pelcándonos como siempre, pues... ¡a ver!  
 CARMELA. A ver, ¿qué?  
 PAULINO. (*Se rinde*). Y yo que sé...  
 CARMELA. (*Tras una pausa, ofreciéndole lo que lleva en la mano*).  
 ¿Quieres?  
 PAULINO. ¿Qué es?  
 CARMELA. Trigo.

PAULINO. ¿Trigo?  
 CARMELA. Sí: un puñadoico llevo.  
 PAULINO. ¿Y te lo comes así, crudo?  
 CARMELA. Total, no le noto el sabor... Pero entretiene masticar... ¿Quieres?  
 PAULINO. No, gracias... (*Nueva explosión de rabia*). ¡A ver! ¡A que no te me aparecen en la Calle Mayor, o en la Puerta del Pozo, o en el Económico, o en el Centro Agrícola...! Aquello sí que es de verdad... Allí sí que pasan cosas de verdad, como cuando llega el autobús con los que vuelven al pueblo, y los falangistas los reciben a palos<sup>44</sup>...! O aquí mismo, ahora luego, con Gustavete delante...! O más tarde, que esto estará lleno de gente de verdad... Pero, no señora: ella se presenta aquí cuando estoy solo, y el teatro vacío, y encima quiere que me lo crea...! Y encima va y me cuenta los achuchones que le da ese Pedro Rojas!

CARMELA. (*Basito*). También me ha dado esto... (*Saca una cucharita*).  
 PAULINO. ¿Qué?  
 CARMELA. Esta cucharita... Me ha regalado su cucharita...<sup>45</sup>

<sup>44</sup> Datos proporcionados al autor por testigos presenciales de los hechos cuando visitó Belchite en el proceso de creación de la obra. Los lugares de Belchite mencionados por Paulino son todos reales, según me confiesa el dramaturgo en nuestra conversación del 18 de julio de 1991.  
<sup>45</sup> Esta cucharita del miliciano caído constituye para César Vallejo un símbolo del tema poético que se ha convenido en llamar de la muerte fecundante («Su cadáver estaba lleno de mundo», escribirá en el verso 45 y último del poema):

Registrándole, muerto, sorprendieronle  
 en su cuerpo un gran cuerpo, para  
 el alma del mundo,  
 y en la chaqueta una cucharita muerta.

20

Pedro también solía comer  
 entre las criaturas de su carne, pintar  
 la mesa y vivir dulcemente

25

en representación de todo el mundo,  
 y esta cucharita anduvo en su chaqueta,  
 despierto o bien cuando dormía, siempre,



CARMELA. Ahora que dices Cataluña... Me he encontrado con dos catalanas muy sandungueras.

PAULINO. Ah, ¿sí?

CARMELA. Las dos se llaman Montse, claro... Pero no se parecen nada.

PAULINO. ¿Qué cosas...

CARMELA. Una, la más joven, que es de Reus, dice que ya está bien de plantón, y que a ver si hacemos algo.

PAULINO. ¿Y qué vais a hacer, estando... como estáis?

CARMELA. Esa es la cosa. Porque dice Montse... pero la otra, la mayor... que hay muchas maneras de estar muerto...

PAULINO. No me digas...

CARMELA. Lo mismo que hay muchas maneras de estar vivo.

PAULINO. Eso es verdad...

CARMELA. Y, como dice Montse, si nos ponemos...

PAULINO. ¿Cuál?

CARMELA. La joven, la de Reus... Pues que si...

PAULINO. Y la otra, la vieja, ¿de dónde es?

CARMELA. No es vieja, sólo que es mayor que Montse.

PAULINO. Bueno, pues, ¿de dónde es esa Montse?

CARMELA. ¿Cuál?

PAULINO. La mayor, la que no es de Reus...

CARMELA. ¿Y eso que importancia tiene?

PAULINO. No, ninguna... Es para no confundirlas.

CARMELA. Pues no lo sé, no me lo ha dicho.

PAULINO. ¿Qué raro...

CARMELA. ¿Raro? ¿Por qué?

PAULINO. Porque los catalanes, en cuanto te ven, te dicen: «Soy catalán de Manresa... o de Figueras... o de...»

CARMELA. Bueno, pues Montse no me lo ha dicho, ya ves tú.

PAULINO. ¿Qué raro... A lo mejor, se hace pasar por catalana, y no lo es.

PAULINO. (*Estupor.*) Su cuchara... (*Estalla en carcajadas furiosas.*) ¡Su cuchara! ¡Pedro Rojas le ha regalado su cuchara! ¡Es para morirsel! ¡Vean, señores! ¡El sinvergüenza descalabrado de Pedro Rojas le ha regalado a Carmela su cuchara! ¡No se lo pierdan!

CARMELA. Pues mira que a ti...

PAULINO. (*Cesa subitamente de reír.*) A mí, ¿qué?

CARMELA. (*Estalla en carcajadas.*) ¡Esa camisa que te han regalado!... ¡Que parece una beata en Viernes Santo!

PAULINO. (*Seco.*) No le veo la gracia.

CARMELA. (*Riendo.*) ¡Porque no te has visto!... (*Paulino se pone de nuevo a barrer, muy digno. Ella va dejando poco a poco de reír. Se acerca a él, conciliadora, y trata de quitarle la escoba. Él se resiste.*) Anda, damela...

PAULINO. (*Debilmente.*) No, déjame... (*Pero cede finalmente. Ella le da el puñado de trigo que lleva en la mano y se pone a barrer.*)

CARMELA. Yo seré de mentiras, pero esto es barrer de verdad...

PAULINO. (*Mirandola.*) Luego es peor... ¿O no?

CARMELA. Es peor de todos modos... ¿O no?

PAULINO. Ya, pero... (*Comienza distraídamente a comer granos de trigo.*) Claro, para ti es muy fácil: desapareces y se acaba. El que tiene que seguir aquí, y aguantar toda la mierda, soy yo. Tú no tienes idea de lo que está pasando... Las tropas ya se fueron del pueblo, y dicen que han tomado Quinto, Alcaniz, Caspe... Y que van a llegar al mar en unos días... Como no resista Cataluña...<sup>46</sup>

cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.

¡Abisa a todos (los) compañeros pronto!

¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre! 30

(*Paulino, personaje de una acción dramática situada en marzo de 1938.*)

habla de hechos de la realidad histórica: el 15 de abril de 1938 las tropas franquistas llegaron al Mediterráneo por el pueblo castellonense de Vinaroz. La batalla del Ebro, iniciada el 24 de julio de 1938, concluyó el 15 de noviembre con la retirada del ejército republicano. El 23 de noviembre se inició la ofensiva franquista contra Cataluña, siendo ocupadas sucesivamente ya en el año 1939, Tarragona (15 de enero), Barcelona (26 de enero) y Girona (4 de febrero). Sobre «la batalla del Ebro y la caída de Cataluña» puede

consultarse el capítulo 26 del libro de Gabriel Jackson, *La República española y la guerra civil* (Barcelona, crítica, 1981, págs. 390-401).



CARMELA. Pero, vamos a ver, alma de Dios: ¿por qué se iba a hacer pasar por catalana, esa pobre mujer?

PAULINO. Y yo qué sé... Ni la conozco... Pero hay gente muy rara por ahí...

CARMELA. ¡Tú sí que eres raro!  
PAULINO. La otra, en cambio, ya ves; enseguida: «Soy catalana de Reus.» Lo normal.  
CARMELA. Pero, bueno, ¿a ti qué es lo que te interesa? ¿Lo que te iba a contar yo o su partida de nacimiento?

PAULINO. Tienes razón: cuenta, cuenta...  
CARMELA. Ya no sé por dónde iba...  
PAULINO. Por Reus... Bueno, lo que decía la de Reus...  
CARMELA. Ah, sí... Pues decía Montse que podíamos ponernos a buscar a los que no se conforman con borrar-se... o sea, a los macizos, como les llama Montse... y juntarnos, y hacer así como un club, o una peña, o un sindicato... aunque Montse dice que, de sindicatos, ya vale... Pero en eso la otra Montse se pone muy fatruca, porque dice que...

PAULINO. Oye.  
CARMELA. ¿Qué?  
PAULINO. Ya me estoy liando... ¿qué Montse es la que dice que...?

CARMELA. (Roiunda.) ¿Sabes lo que te digo?  
PAULINO. ¿Qué?  
CARMELA. Que no se llaman Montse, ea. Ninguna de las dos. Ni son catalanas, ni de Reus, ni nada.

PAULINO. Pues, vaya...  
CARMELA. La una es anarquista y la otra comunista, ea.  
PAULINO. Toma castaña.  
CARMELA. A ver si así te lias. Una de la FAI<sup>47</sup> y otra del PSUC<sup>48</sup>.

<sup>47</sup> Federación Anarquista Ibérica (FAI), fundada en 1927 como organización revolucionaria que discrepaba de la CNT y de la línea moderada de Angel Pestaña (cfr. nota 10). Durante la guerra civil, anarquistas de la CNT-FAI y comunistas del Partido Comunista de España (PCI)-PSUC, pese a luchar juntos contra el fascismo en el bando republicano, se enfrentaron encarnizadamente.

<sup>48</sup> Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), nacido de la fusión de

PAULINO. ¿Y no se han matado nada más verse?

CARMELA. ¿Cómo se van a matar, si ya están muertas? Al contrario: se han hecho la mar de amigas... Discuten mucho, eso sí, y se llaman de todo, y en catalán, ahí es nada... Pero sin llegar a las manos, porque ya, ¿para qué?

PAULINO. Bueno, ¿y ese club...?

CARMELA. O lo que sea, que ya se verá... Pues para hacer memoria.

PAULINO. ¿Qué quieres decir?

CARMELA. Si para contarnos todo lo que pasó, y por qué, y quién hizo esto, y qué dijo aquel...

PAULINO. ¿Y para qué?

CARMELA. Para recordarlo todo.

PAULINO. ¿A quién?

CARMELA. A nosotros... y a los que vayáis llegando... (Tras una pausa.) Recordarlo todo...  
CARMELA. Si, guardarlo... Porque los vivos, en cuanto te-  
néis la panza llena y os ponéis corbata, lo olvidáis todo.  
Y hay cosas que...

PAULINO. ¿Lo dices por mí? ¿Crees que me he olvidado de algo?

CARMELA. No, no lo digo por ti... Aunque, vete a saber... Tú deja que pase el tiempo, y ya hablaremos...  
PAULINO. Ya hablaremos... ¿Cuándo?

CARMELA. Bueno: es un decir.

(Hay un silencio. Quedan los dos ensimismados, como en ámbitos distintos.)

PAULINO. Y cuando ése te achucha, ¿qué notas?

CARMELA. Ya hablaremos... Allí.

PAULINO. Di... ¿Qué notas?

cuatro partidos: la Unió Socialista de Catalunya (USC), el Partit Català Proletari (PCP), el Partit Comunista de Catalunya (PCC) y la Federación Catalana del Partit Socialista Obrero Español (PSOE). El 23 de junio de 1936 se firmó el pacto de Lhac que condujo a un acuerdo total de unificación que el estallido de la guerra civil contribuyó a consolidar. Durante la guerra civil los comunistas fueron hegemónicos dentro del PSUC.



CARMELA. Los milicianos... Los de las brigadas: el polaco, los franceses, los americanos...

PAULINO. (*Oteando, inquieto, la sala.*) No digas tonterías, Carmela...

CARMELA. (*A los «milicianos».*) Hola, compadres...

PAULINO. Carmela, por favor... Los fusilaron el otro día... y yo vi cómo los echaban en una zanja, con otros muchos...

CARMELA. (*Sin escucharle.*) ¿Qué, a pasar el rato?

PAULINO. Te digo que no hay nadie... Y mucho menos, esos...

CARMELA. (*Ignal.*) Lo mismo que yo... Aquí no se está mal.

PAULINO. Por favor, Carmela... Ven conmigo, vámonos de aquí...

CARMELA. Y ahora, mejor que la otra noche, ¿verdad?

PAULINO. Pase que un vivo tenga visiones, pero... ¡que las tenga un muerto!

CARMELA. ¡Qué mal lo pasamos, eh! Porque yo, parecía contenta, cantando y bailando, pero... la procesión iba por dentro... Una, que es profesional...

PAULINO. Esto es demasiado, Carmela... Yo me voy. de hablar, una cosa que se dice aquí...

PAULINO. Te digo que me voy, Carmela... Ya sólo falta que aparezca por aquí el descabrado...

CARMELA. ¡Oye! ¿Y cómo es que nos entendemos?... Por- que vosotros, no sé en qué me habéis, pero yo os en- tiendo... ¿Y a mí me entendéis? ¡Ay, qué graciosa! (*Ríe.*) A ver si resulta que... como habéis muerto en España, pues ya habláis el español... ¡Qué ocurrcial... Lo mis- mo que al nacer en un país...! Pues eso!

PAULINO. No aguanto más, Carmela... Adiós... Ya hablare- mos...

CARMELA. (*Sigue muy divertida.*) Por lo menos, así, ya sabréis decir donde habéis muerto... A ver, tú, polaco: di Bel- chite... Si, eso es... Belchite... ¿Y Aragón, sabéis decir- lo?... Aragón... No: A-ra-gón... Así: Aragón... España si- que lo decís bien, ¿verdad?... No... (*Risueña.*) Así, no...

CARMELA. Iréis llegando todos allí, y hablaremos...

PAULINO. Seguro que te pellizca el culo... ¿A que sí?

CARMELA. Los obreros, en cuanto ven un culo fácil... ¡zas!, pellizco.

CARMELA. Por la metralla, o fusilados, o a palos...

PAULINO. (*Le da un pellizco en el trasero.*) ¿Lo notas?

CARMELA. O en la cama, de un catarro mal curado...

PAULINO. ¿No notas nada?... Si quieres, te dejo que me des un beso...

CARMELA. Más pronto o más tarde...

PAULINO. ¿No me oyes? Bésame una vez, a ver que pasa...

CARMELA. En la guerra, o en la paz, o en otra guerra, o en...

PAULINO. Pues te beso yo... (*Lo hace. Ella parece ausente.*) ¿Te gusta?

CARMELA. Porque los vivos no escarmentáis ni a tiros...

PAULINO. ¿Te gusta, Carmela? Notas algo? (*La besa otra vez.*)

CARMELA. Ni a tiros...

PAULINO. (*Irritándose.*) ¡Dime si notas algo, coño! (*La besa y abraza con violencia.*) ¿Qué?

CARMELA. Pero allí os estaremos esperando...

PAULINO. (*Furioso y asustado.*) ¿Por qué no me contestas? (*La zarandeaa.*) ¡Carmela, dime algo! ¡Mirame! ¿Qué te pasas?

CARMELA. Y recordando... recordando...

PAULINO. (*Le da una bofetada.*) ¡A ver si esto lo notas!

CARMELA. Y ya hablaremos... Ya hablaremos...

PAULINO. (*La sacude violentamente.*) ¡Y estoy! Y estoy! (*La abraza con brutalidad.*) ¡Carmela!

CARMELA. (*Mirando, sorprendida, la sala.*) ¡Miratelos!

PAULINO. (*Sobresaltado, afloja el brazo y se vuelve.*) ¿Qué? ¿Quién hay ahí?

CARMELA. Ahí, en la sala... (*Sonriente.*) Miralos...

PAULINO. ¿Quién? No hay nadie ahí...

CARMELA. Sí... ¿No los ves? En la sala, tan frescos...

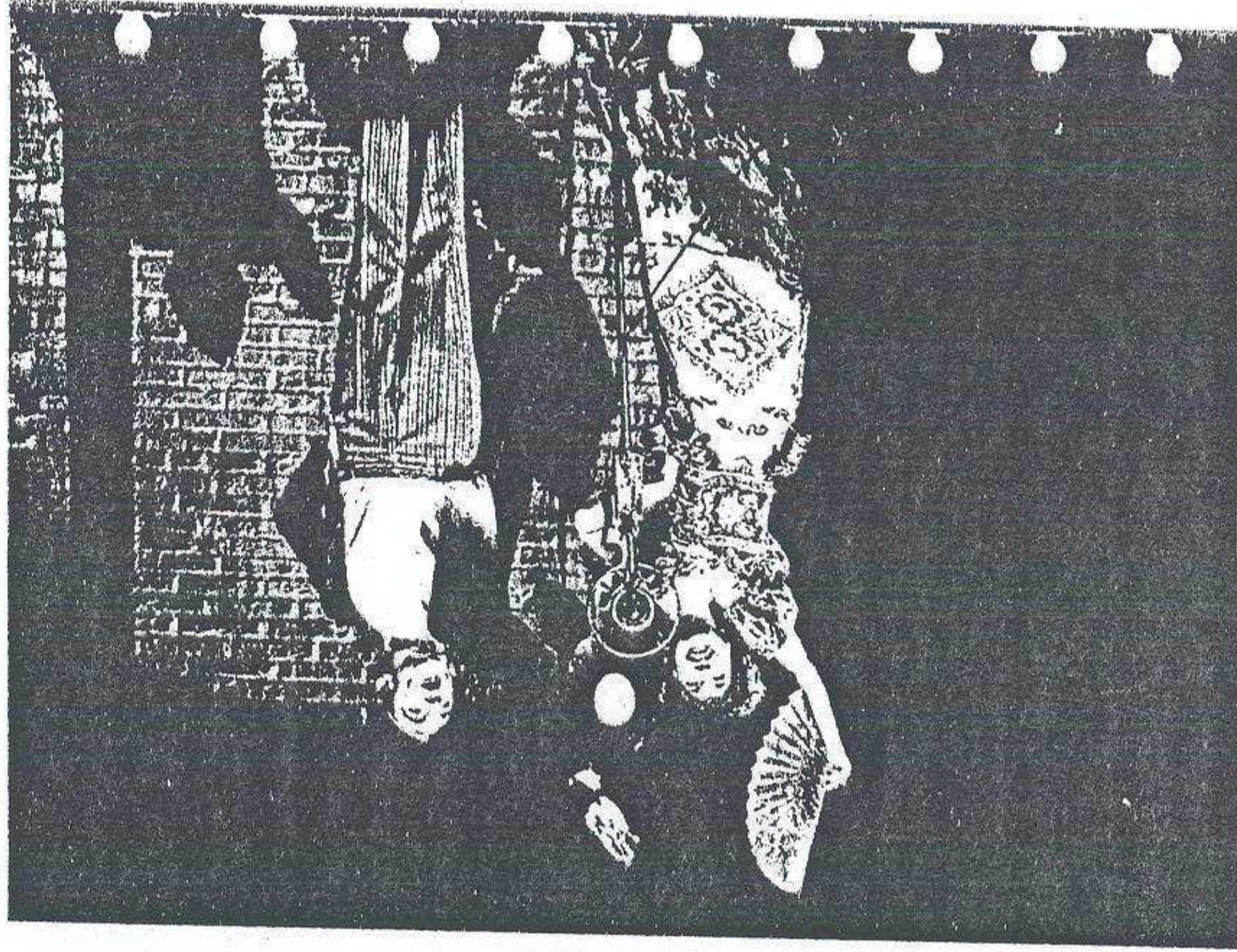
PAULINO. ¿Quiénes están en la sala?



Así: ña... España... ña... Si es muy fácil... España... Es-  
paña...

(PAULINO ha cruzado la escena con la gramola, sin mirar a CARMELA. Inexplicablemente, comienza a escucharse la canción «¡Ay, Carmela!». PAULINO se detiene, sobrecogido, mirando a su alrededor. CARMELA, que no parece escuchar su canción, continúa enseñando a pronunciar España...

### OSCURO FINAL



Carmela y Paulino saludan al público al concluir un número de su improvisada Velada-espectáculo de «variedades a lo fino». Foto Chicho.

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-RP